

El Ruedo



2
Ptas.

SAAVEDRA



Una caída al descubierto



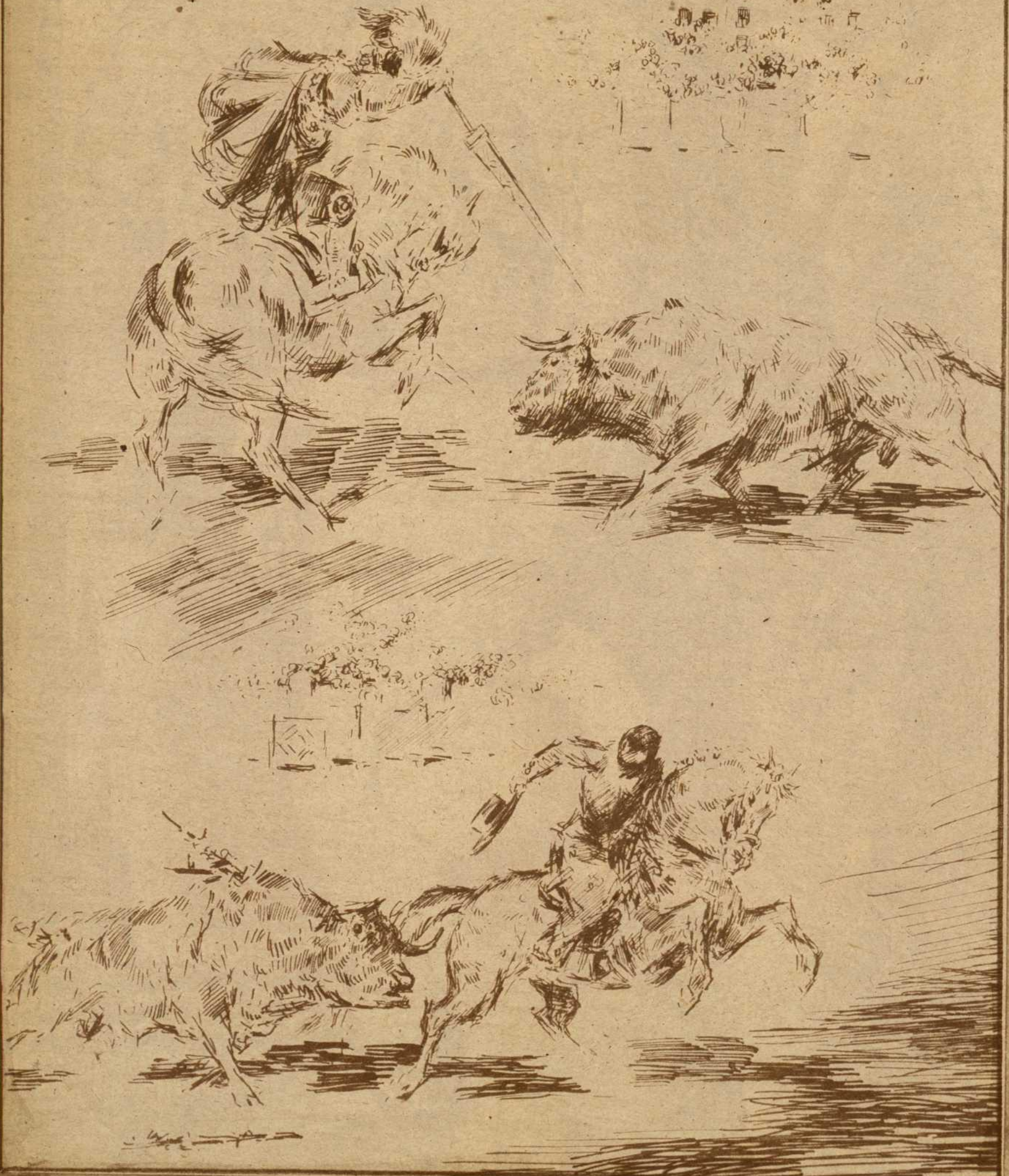
PICADORES CELEBRES

Manuel Martínez, Agujetas, vistiéndose para ir a la corrida de su beneficio y despedida, celebrada en Madrid

AYER Y HOY

El toreo a caballo

Por ANTONIO CASERO





El Ruedo

Suplemento taurino de MARCA
FUNDADO POR MANUEL FERNANDEZ CUESTA

Año III -> Madrid, 3 de enero de 1946 -> Núm. 80



HACIA EL ABARATAMIENTO DE LA FIESTA NACIONAL

Manolo Martín Vázquez, que ha hecho declaraciones sobre este importante tema

(Información en las páginas 4 y 5)

PREGON DE TOROS

Por JUAN LEON



EN una conversación sostenida ante el micrófono de Radio Nacional en la emisión de su semanario taurino «Sangre y Arena», el diestro Antonio Bienvenida, al responder a una de las últimas preguntas que se le hicieron, vino a decir que la mejor tarea en que pudieran emplearse durante el ocio invernal todos los toreros, sería la de procurar y conseguir que todas las enfermerías de las Plazas de toros pueblerinas se doten del material sanitario-quirúrgico indispensable y estén atendidas por un personal facultativo especializado.

«Este sí que es —agregó casi textualmente— un problema, y un problema de invierno, y no por su crudeza, sino porque es la época posible para poner en vigor cuanto está dispuesto y no se cumple, y cuanto, sin estar dispuesto, también podría cumplirse en evitación de tragedias.»

Y, por fin, Antoñito hizo una invitación a críticos y escritores taurinos para que presten al tema una cordial atención en sus artículos.

Pocos diestros como Antoñito Bienvenida pueden sentir tan honda semejante preocupación. Su hermano Manolo, en Madrid, y él mismo en Barcelona, con sendas y horribles cornadas en el vientre, salvaron sus vidas, mientras Joselito la había perdido años antes en Talavera de la Reina, a consecuencia de una cornada igual.

Se oíjo, y aun se repite ahora, que el coloso de Gelves murió de miedo, de la tremenda impresión que le produjo la feroz cornada de Bailaor; pero la verdad fué que el miedo de Joselito era a la enfermería, como se desprende de sus propias palabras cuando reclamaba con angustia y desesperanza la presencia del doctor Mascarell. En cambio, Manolo Bienvenida confesaba a su padre, pasados los primeros días de extrema gravedad: «Papá, yo sentí el cuerno muy dentro, y tuve una sensación de muerte inmediata; pero pensaba, optimista, que si llegaba vivo a la enfermería me salvarían.»

Esa fe del pobre Manolo, idéntica a la que su hermano Antonio sintió en Barcelona, dió a uno y a otro la necesaria fuerza moral para sobreponerse al cruento dolor. En cambio, el infortunado Joselito cayó abatido por el pesimismo, por la fe contraria, al exclamar: «¡No tengo salvación! ¡Me muero!».

Antonio Bienvenida ha planteado una cuestión de humanísimo interés y muy de invierno para ellos y también para nuestras plumas. Un noble tema que todos debemos abordar, queridos compañeros Cachetero, K-Hito, Clarito, Capdevila, Chavito, Alcázar, Giraldillo, Bellón. Cuantos escribimos de toros.

Una opinión necesitamos todos: la del eminente cirujano de la enfermería de la Plaza de las Ventas, doctor Jiménez Guinea, y ésta la tendremos pronto, porque Carlos Revenga se propone interrogarle ante el mismo micrófono de Radio Nacional que recogió las palabras de Antoñito.

Y un concurso que no habrá de faltar, como es lógico: el del Montepío de Toreros.

Hacia el abaratamiento de la Fiesta Nacional



Manolo Martín Vázquez, el torero sevillano, durante la charla que sostuvo para EL RUEDO el valeroso matador

Una corrida bien presentada cuesta más de lo que se percibe por ella

El buen ganadero pierde mucho dinero siempre



rales. No creemos que haya placer en el mundo comparable a esta embriaguez de los crepúsculos de Sevilla sobre los montes y el río; es morir un poco en la gloria."

Manolo Martín Vázquez se ha alejado muchas veces de Sevilla y ha sabido comprender luego el goce de su presencia. Du-

rante la temporada pasada no toreó en ruedos españoles. El dice que no lo hizo porque no se hallaba restablecido de la cornada que un toro le dió en Valencia; pero yo creo que en su decisión influyó también esa presencia de Sevilla, de la que con tanta justeza nos habla Joaquín Romero. Que también influyó en él ese sol sevillano que deja absortos a los hombres, sin apetencias de más bienes, y los encadena; esos rincones de los jardines —jardines en los que caben la palmera y el ciprés— y los barrios, "donde siempre parece que nos espera alguien que nos ama"; el perfume a vida y a risa,



Otra de las facetas de Manolo. Futbolista en el encuentro que los coletudos sostienen tradicionalmente con los astros del cinema

PARA conocer un tanto el amor que Manolo Martín Vázquez tiene a su Sevilla como el que por Sevilla sienten todos los andaluces que saben andar por el mundo, es preciso releer lo que Joaquín Romero Murube dice, en su libro "Sevilla en los labios" —uno de los pocos libros de los últimos años que nos hacen bendecir la invención de la imprenta—, cuando habla de la presencia de Sevilla. Es posible que mis lectores conozcan el libro de Joaquín Romero, y también es probable que todavía no hayan tenido esta fortuna. En cualquier caso, nada perderán si leen lo que Romero dijo. Lo que yo pudiera escribir sobre la presencia de Sevilla, nada cuenta al lado de lo que Joaquín Romero escribió, y que es lo que sigue:

"¡Presencia de Sevilla! Los sevillanos que no salen nunca de su ciudad no llegan a tener conciencia exacta de la categoría vital que supone el vivir en Sevilla. Hay que ir fuera y alejarse un poco, para valuar debidamente el goce de ciertas presencias. Tal vez sea la luz, tal vez sea una recóndita armonía indescifrable, de la que sólo percibimos los efectos externos y arrolladores. Aquí se siente el paso de la vida, la gravitación de nuestro fenómeno vital en el cosmos. Aquí percibimos cómo nuestra sangre y nuestro llanto, cómo nuestra palabra y nuestra risa, van engastados y fundidos en el curso de los días. Hay un alma en las calles y en las plazas. Hay rincones de los jardines y los barrios, donde siempre parece que nos espera alguien que nos ama. Hay ~~atardeceres~~ de una riqueza fastuosa, de un lujo cromático exuberante, en los que ~~vibramos~~ dulcemente anegados en la ~~graniosidad~~ de los arcos side-



Gran sevillano por encima de todo, Manolo Martín Vázquez no puede faltar ningún año a la Feria de su tierra

y el alma de las calles y de las plazas que vuelan y canta para todos. Ahora, Manolo siente otra vez el ansia de alejarse de Sevilla para comprenderla mejor y amarla más, y quiere llevar a su ciudad —como antes— la gloria de sus éxitos toreros, como si fuera una ofrenda a la novia guapa. Murió un poco en la gloria y quiere reconquistarla.

En el hall de un hotel me vco con Martín Vázquez, que acaba de llegar de Sevilla, y tiene prisa en volver. Ya conocéis sus méritos Torero por afición. Su padre logró justa notoriedad como matador de toros. Influyó, ciertamente, el ambiente de la casa en su afición, pero era indudable que la inclinación existía. No la tuvo a la fiesta nacional su hermano mayor, que es médico. Manolo, sí, y por eso, de muy niño, cambió los libros por el capote y la muleta, y en Sanlúcar la Mayor mató una becerrita muy flaca de un volapié que la hizo rodar sin puntilla. Era la primera vez que esto queaba, y el chico quedó convencido de que era mejor torero que Lagartijo. Luego, novillero, su despedida como tal en Sevilla, y la fiesta que en una corrida de feria hizo en Valencia el año 1942, premiada con orejas, rabo y patas.

MANOLO MARTIN VAZQUEZ y la presencia de Sevilla

Los empresarios son los únicos que pueden llegar a la reducción del precio



Gran aficionado a la caza, Manolo Martín Vázquez disfruta, en los días invernales, con echarse al monte en busca de perdices

Si el espectáculo apasiona, no se rebajarán los precios

pecialmente en Sevilla, el problema es grave. A muchos ganaderos les ha costado la pasada temporada grandes cantidades. La mayoría de esos ganaderos lo son por tradición y afición. Por ello, su mayor orgullo es presentar bien sus corridas, cosa que logran a costa de sacrificios, malos ratos y dinero. Son dignos de admiración, y Manolo Martín Vázquez reconoce sus méritos.



Cree, en cambio, el torero sevillano que los empresarios pueden lograr alguna rebaja en los presupuestos de las corridas, si barajan en los carteles los nombres de las primeras figuras con las de otros toreros de menos categoría, que interesan a los aficionados.

Rebajado el presupuesto, podría ser rebajado el precio de las localidades.

Nos habla, a continuación, de sus compañeros. Cree que se torea ahora muy bien, a pesar de que lo que ahora exige el público es de muy difícil logro. Su-



La charla se ha animado; pero, como siempre, hay que hacer un alto para encender ese cigarrillo de todas las entrevistas

perar lo que ahora se hace es punto menos que imposible. Es verdad que el toro ha perdido en peso, pero ha ganado en casta. ¡Y sale cada torito por ahí!

Manolo Martín Vázquez está dispuesto a ocupar el puesto que, a su entender —y en opinión de muchos aficionados que le recuerdan y aguardan—, le corresponde.

Antes de despedirnos, nos disponemos a encender unos cigarrillos.

Manolo enciende un fósforo. Mé lo ofrece. Prendo fuego al cigarrillo; tras mí, un amigo suyo que ha asistido a la conversación.

Manolo tira el fósforo; su amigo ríe y luego dice:

—Podías haber encendido. Los supersticiosos como tú dicen que se muere el que enciende en segundo lugar; ése era yo, y a mí no me importa.

La respuesta de Martín Vázquez no se hace esperar:

—Que tú te mueras o no, a ti te importa más que a nadie. Pero olvidarás que también dicen que el segundo se muere y los otros dos viven más de cien años. Y la verdad, entre morir o vivir más de cien años, no sé qué es peor. Había que evitar los dos peligros.

Enciende otro fósforo, aspira el humo del cigarrillo y queda suspenso. Su mirada se pierde tras el fuego que fingen las espirales de humo. Pero su imaginación no está allí. Se ha lanzado a la carrera y ha sentado sus reales en la ciudad predilecta: Sevilla.



Otra foto de caza en la que el diestro aparece con sus perros favoritos; los que le ayudan a matar las aves y los días de vacaciones (Fots. Manzano)

NUESTRA CONTRAPORTADA

Antonio Boto Recatero, REGATERIN



HE aquí un lidiador madrileño que alcanzó justa fama de torero valiente, que ejecutó con inmejorable estilo el volapié, que fué muy duramente castigado por los toros y que gozó de gran popularidad por lo dicho y por su castiza personalidad madrileña.

Antonio Boto nació en Madrid el 27 de febrero de 1876. Tío suyo fué el famoso Victoriano Recatero, banderillero de Frascuelo.

Su primera profesión, iniciada tan pronto como abandonó la escuela, fué la de pintor. Se aficionó pronto a las capeas, y las frecuentó en Plazas de aldeas y pueblos pequeños. Era decidido y no se daba mala maña.

El 8 de septiembre de 1894 vistió por primera vez el traje de luces para actuar a las órdenes de Jerónimo Gómez, Currinche, en la Pla-

za de Talavera de la Reina. Siguió toreando en ruedos de poca categoría hasta el 2 de junio de 1896, fecha de su presentación en León, Plaza en la que, como único matador, dió cuenta de cuatro novillos. A partir de entonces, fué contratado para torear en Plazas de importancia.

El 5 de diciembre de 1897 se presentó en Madrid, alternando con Juan Domínguez, Fulguita. Este fué herido al estoquear el primer novillo, de Teodoro Valle, y Regaterin mató con mucho lucimiento los tres restantes. Su éxito en esta novillada fué grande, y Regaterin fué, desde aquel día, un novillero con el que había que contar para todo cartel de importancia.

El 1 de marzo de 1903 presenciaba en Madrid una novillada en la que alternaban Cocherito de Bilbao y Lagartijillo Chico, que fueron heridos por el segundo novillo, como los restantes, de Gamero Cívico. Regaterin pidió permiso a la presidencia y mató los tres novillos que quedaban. Tan lucidamente lo hizo, que la Empresa le contrató en ventajosas condiciones.

El 30 de octubre de 1904 Lagartijillo Chico le dió la alternativa en Ondara; pero en 1905 toreó veinticinco novilladas. El 17 de septiembre de 1905, Rafael González, Machaquito, le dió la alternativa en Madrid, con ganado de Benjumea. Toreó cuatro corridas más en dicha temporada, y hasta su retirada toreó doscientas ocho corridas en España, Francia y Portugal. Hizo algunos viajes a América, donde tenía un gran cartel.

El 27 de junio de 1916 se celebró en Madrid su corrida de despedida, en la que alternó con Rafael el Gallo y Juan Belmonte.

La cogida más grave que sufrió se la produjo un toro de Miura el 23 de julio de 1899, en Barcelona. El cuerno le entró por el cuello y le salió por la boca; perdió los dientes, la lengua quedó desprendida y resultó rota la mandíbula inferior.

Las cornadas no le quitaron arrestos, pero sí facultades y fuerzas. Por esto decidió retirarse.

LOS TOROS VISTOS DESDE LA TAQUILLA

MULTIPLICANDO POR CINCO

EL negocio de toros es, por ahora, el más claro de todos los negocios, salvando, claro está, el de los Bancos con su técnica cuadrículada y metafísica y el de las Sociedades de Seguros con *eso* del reaseguro. No hablamos de las hidroeléctricas, que algo les afectó la sequía, y el estraperlo no cuenta, porque de buena fe lo creemos circunstancial.

Ayer *caímos* en una reunión donde se posaron, también circunstancialmente, unos aficionados a los toros vistos desde la taquilla y el despacho con muebles Renacimiento y almanaque de taco. Escuché cosas sabrosas que la discreción me veda transcribir, y enriquecí mis alforjas con nuevos, interesantes e interesantísimos conocimientos. Todo no va a reducirse siempre a calar en el corazón, porque el cuerpo tiene otras visceras que el metabolismo alzaprimó con magnífica importancia.

Saqué en claro dos amenazas axiomáticas que os ofrezco por curiosas y sin pretender ponerlos en guardia.

Primera: la de que diez vagones de alfalfa dicen *yaciertos* ganaderos que cuestan un millón de pesetas.

Segunda: que la corriente de autonomía financiera se engendra en el Golfo de Méjico, como el «Gulf Stream».

La primera no origina sorpresa ni vale la pena lamentarla; cayéndose de absurda, prepara el campo a especulaciones que darán en marzo el fruto apetecido.

Tiene un positivo valor de prólogo y cierta virtud preventiva que hasta puede ser estimable.

En cuanto a la segunda, el accidente salta de nuestro folklore para impersonalizarse como trágico oceanográfico. Y si a la primera la controla una cuquería endémica, a la segunda bien pudiera frenarla el arancel.

Una vez más, excelentísimo señor, ahora que se piensa retocar el Reglamento de las corridas de toros porque la fiesta *menos nacional* demanda muchas y concretas modificaciones, ¿no sería ocasión de confeccionar otro Reglamento que *a priori* las perfile? ¿No se podía concretar exactamente sobre este tema tan importante?

Volver por los fueros de la popularidad situándola en sus principios de rancieros fundamentos sería una labor plausible y digna del popular agradecimiento. Que si la vida elevó el índice de su costo al quintuplo, con multiplicar por cinco las cifras que se jugaban en los tiempos de Mosquera y Bernardo Hierro, la justicia dará en el clavo y nadie se llamará a engaño, y quede en favor de la entelequia el riesgo dividido también por cinco. La cosa es clara, factible y de elemental sencillez.

No vemos la necesidad de que el multiplicador nos lo marquen en el extranjero, ¡donde tantas cosas acucian y desvelan!



XEREZ-QUINA

EL APERITIVO
QUE TOMA
TODO
EL MUNDO

VALDESPINO
JEREZ

JOSE CARLOS DE LUNA

CARAS EXTRANJERAS EN EL TENDIDO

Mr. Alburn D. West encuentra semejanza en la pasión del público de toros y el de bassetball

MISTER West —Alburn D. West— es un periodista norteamericano que ahora vive en la capital de España, al frente de la poderosa agencia informativa The Associated Press. Naturalmente, no se parece a los periodistas que salen en las películas. No maneja ocho teléfonos a la vez, sino cada uno a su tiempo; no se apresura sino cuando hay necesidad de ir de prisa; no se preocupa por los rumores de boda de una señorita, sino por la última noticia que pueda tener verdadero interés internacional... En fin, se trata de un periodista de los de verdad, y de uno de los periodistas más brillantes de los Estados Unidos. Desde hace veinte años se dedica a esta profesión, en la que ha obtenido frecuentemente éxitos resonantes en la Prensa mundial. Siempre ha ocupado, profesionalmente, puestos de importancia y de responsabilidad, como corresponde a su valía, a su inteligencia y a los conocimientos que ha ido atesorando a lo largo de su experiencia. Ha trabajado en Nueva York, en Washington y en otras ciudades de los Estados Unidos. Estuvo en la Conferencia Panamericana celebrada en Río de Janeiro, por encargo de la Empresa con la que trabaja ya desde hace doce años, y, entre otros cargos, ha ejercido el de director de la Oficina de Alburquerque, una de las principales de Nuevo Méjico.

Ahora, en España, mister West cumple con su invariable celo la complicada misión de manejar los hilos de las mil y una noticias que han de pasar por el filtro de su atenta observación al cabo del día. Es una labor ardua y difícil, en medio de la cual, mientras espera una conferencia y concierta una entrevista, se ha avenido a contarnos sus impresiones taurinas, su punto de vista extranjero para nuestra fiesta brava.

—Díganos, señor West, ¿qué idea se hacía usted de las corridas antes de que pudiera presenciar alguna de ellas?

—Pues, verás... Desde luego, yo no sabía hasta qué punto llegaban la pericia y el arte de los matadores de toros. De la fiesta en general, sí tenía un pensamiento bastante concreto, formado a través de fotografías y de películas de



Mister Alburn D. West, director de Associated Press en España

ambientes y temas taurinos, por medio de las cuales me hice cargo del pintoresquismo, de lo ceremonioso de la fiesta, de su colorido y de su interés.

—¿Y vino usted predispuesto en favor o en contra de los toros?

—No, no... Ni en favor ni en contra. Vine... imparcial, o, por mejor decir, neutral, puesto que no conocía el espectáculo directamente. Sin embargo, muchos de mis amigos, que han visitado Méjico y naciones hispanoamericanas donde se celebran corridas de toros, eran partidarios de ellas, por los motivos de pintoresquismo, de colorido y otros a los que me acabo de referir. El entusiasmo de ellos hizo que me prometiera asistir a una corrida tan pronto como tuviera oportunidad.

—¿Encontró alguna diferencia entre lo que usted imaginaba y la realidad de lo que vio la primera vez que fué espectador en la Plaza?

—Diferencia en más, puesto que encontré la fiesta más interesante de lo que suponía, con mucho más colorido y pintoresquismo del que yo había pensado.

—¿Qué corrida fué la primera que vió?

—A la primera que asistí fué en el ruedo madrileño de las Ventas. Uno de los espadas era el novillero mejicano Eduardo Liceaga, que debutaba aquella tarde. Su actuación me agradó sobremanera. Aunque lo que yo quería ver era una corrida de toros, empecé por esta novillada, y en ella lo que más me impresionó fué el entusiasmo del público. Una cosa que me desconcertó un poco fué el que casi todos los astados recibieran banderillas de fuego... Eran mansos; pero yo no me enteré hasta después. Todavía, por supuesto, no conocía lo suficien-

La realidad de la fiesta superó a lo que había imaginado

te el arte del toreo para apreciar la habilidad del matador.

—Ya que habla usted del entusiasmo del público, ¿hay alguna semejanza entre los espectadores taurinos y otra clase de público de su país, en lo que se refiere a esta pasión por un espectáculo determinado?

—Hay una semejanza bastante acusada entre el público español de toros y el público norteamericano de bassetball, que es el deporte favorito en los Estados Unidos. He encontrado un gran parecido entre estos dos públicos, singularmente porque los dos parecen tener más conocimientos que el propio matador o el propio jugador y les recomiendan a grandes voces lo que deben hacer.

—¿Cree que nuestra fiesta sería aclamable en su país?

Mister West no contesta a esta pregunta inmediatamente, como ha respondido a las otras. Medita unos instantes. Sin duda, busca una contestación fundamentada, y al no encontrarla, prefiere evadirse:

—No lo sé.

Optamos por hacerle una pregunta que es una variación sobre el mismo tema:

—¿Cuál es la opinión general en su país sobre la fiesta de toros?

—Por lo que he podido apreciar, la misma que sustentaba yo antes de poder apreciarla personalmente.

—¿Ha probado a torear?

—Todavía, no; pero probaré tan pronto como se me presente la ocasión.

—¿Ha escrito algo de toros en sus informaciones?

—No, no, de ninguna manera. No me atrevo a tanto. En la Agencia está encargado de ello el crítico taurino. Yo soy todavía un aficionado novel, pero entusiasmado con una fiesta tan única como emocionante.

El timbre del teléfono ha empezado a sonar sin pausa. Es el aviso de la conferencia esperada, y el aviso también de que la interviú ha de cortarse en este punto..



Juan León

grosso, le ve los pies a la sota con demasiada frecuencia. Estos casos, unos trágicos, otros cómicos y otros tragicómicos, son el objeto de esta breve recordación.

Juan León, el famoso torero sevillano del primer tercio del siglo XIX, era un hombre fuerte, ágil, pálido y de finas hechuras en la Plaza. Su toreo, serio y majestuoso, y la magia de su capote, magistral, caracterizaban su estampa torera con el nimbo de las grandes figuras populares. Tenía, sin embargo, tatuada en las entrañas una fuerte manía supersticiosa; pero también abrigaba en su corazón una de las virtudes más raras: la de gratitud por el bien recibido. Con esto quiero decir que Juan León amaba entrañablemente a su maestro y padrino, el célebre Curro Guillén.

Este gran torero componía cartel con Juan León en la luctuosa corrida celebrada en Ronda el 20 mayo de 1820. Sabido es que, en aquella tarde, perdió la vida en las astas de un toro el señor Curro Guillén. El diestro de Utrera se las había con un enemigo sin condiciones para la suerte de recibir, entonces tan en boga, y como no le bastase al público rondeño, rudo y selvático, que el maestro coronara su faena al *vuelapié*, su modo favorito de matar, un espectador, llamado Manfredi, le apostrofó con sorna:

—¿No es usted el rey de los toreros?

Y otro, más desalmado, añadió:

—¿A que no recibe usted a ese toro?

El espada, hondamente lastimado en su decoro profesional, citó a recibir temerariamente con el resultado pavoroso de una cornada mortal en el

veinte minutos más tarde? ¿Quién sabe! Un escritor famoso aseguraba que sí.

Para el buen torero de mediados del siglo anterior Manuel Díaz, Lavi, un toro negro era la estampa tremebunda del enemigo malo. Natural de Cádiz, y de familia cañi, sus paisanos sabían que el aprensivo torero le decía cosas a los toros negros en la suerte suprema. Por oírlos, se hacía un silencio general en el público. Y una tarde, en que el hombre pasaba las del *berí* por ahorrar un marrajo *enluta*, se le oyó decir en todo el ámbito de la Plaza:

—¡So ladrón: aplómate y déjate *matá*, que tengo *sinco* hijos!

En la misma Plaza de Toros de la *tacita de plata*, y en la misma época feliz en que florecían en los carteles novilleriles de Cádiz los apodunica olvidados de el Loco, el Potoco, el Aguallimpia y la Chillon, señorita torera que daba el salto de la garrocha, aconteció que Manuel Hermosilla, en una tarde desgraciada, sudaba la gota gorda por matar un toro *entablerao*. El animalito mugía tan lastimosamente que, antes que fiero, parecía criatura. Y un ventrílocuo, que asistía en la barrera a los apuros del espada, puso en boca del toro esta súplica conmovedora:

—¡¡No me mates!!

No hay que decir que el torero se tiró al callejón con los pelos de punta.

FEDERICO OLIVER

A PUNTA DE CAPOTE

Toreros supersticiosos

ATRIBUIMOS al gitano, particularmente en cosas de toros, la preocupación supersticiosa.

Su raza, pródiga en hechicería, adivinaciones y artes mágicas, nos lo presenta como el depositario, por atavismo, de supersticiones nacidas ante el enigma de la muerte y el espantable aparato de las fuerzas naturales desatadas. Pero no son solamente los gitanos los que presentan estos vestigios ancestrales. Todas las razas humanas conservan en los bajos estratos del espíritu estos sentimientos como fósiles que la creencia en un verdadero Dios y la cultura desvanecen a fuerza de milenios. Así, pues, la superstición, hija de la flaqueza humana y, por tanto, enfermedad del espíritu, es tan antigua como el hombre y anterior al lenguaje mismo. No es difícil imaginar su primer barrunto en los fonemas o gritos inarticulados del salvaje ante el espanto de lo desconocido. Todo hombre —y aun grandes hombres, como podría demostrarse— lleva en el fondo del alma esta mácula hereditaria, hoy pintoresca y pueril en nuestras clases populares. Hay personas que, a pesar de creencias arraigadas, se sustraen difícilmente al influjo innato de estas sugerencias. Y hasta Don Juan, incrédulo y sacrilego, expresa este sentimiento cuando dice:

Cualquiera duda un momento.

No he de tratar, pues, en la brevedad de este artículo, de la superstición graciosa y gitana del Gallo o Cagancho, sobradamente conocidas. Caracteriza al torero, gitano o no, la preocupación de su suerte cuando, por razón de su oficio peli-

viente. Hay una vieja estampa de *La Lidia* que representa este lance: Curro Guillén aparece enganchado en el cuerno derecho de la fiera, y el bravo Juan León materialmente colgado del cuerno libre, al que se agarra frenético, con la esperanza loca de salvar al maestro querido; prueba conmovedora de abnegación y gratitud.

¿Está claro que la causa de la tragedia se deriva de las malas condiciones del toro, de la ruda presión del público y de la ciega temeridad del torero? Pues no; para Juan León, agorero impenitente, el origen de la desgracia era muy otro. El mismo lo explicaba más tarde, llorando como un chiquillo:

—¡Si yo se lo *desía*! *Mirusté*, maestro, que no se le *vale tentá* er demonio en día de *sero*; *arrepave* su *nersé*, que el *sero* es un numerito *reondo* como un *bujero* en la carne *metío*... ¡Cuántimás que estamos a 20 de mayo del año 20! ¡Lagarto, lagarto!... ¡Por su *salusita* de *usté*, señor Curro, *defienda* *usté* su *vía*!... ¡Y el *probesito* de mi maestro se *oyó* de mí!... Bien dijo *aquer* que dijo: "Si *toreas* en día de *sero*, el alma se te irá por un *bujero*".

¡*Mala pata!*, dijo gravemente *Maoliyo* el *Espartero* cuando la berlina cascabelera que le llevaba a la Plaza con su cuadrilla, en la tarde del 27 de mayo de 1894, se cruzó con un entierro. Y ¡*Mala pata!*, se le oyó murmurar cuando salió de los toriles el toro *Perdigón*, de tan funesta memoria. Esto es muy raro, porque el torero infeliz no parecía supersticioso. ¿Influyó este sombrío presentimiento en el horror de su muerte



Manuel Garcér, El Espartero

Carlos Rufo Albarrán, El Buñolero, fué un tipo curioso e interesante por demás durante el siglo XIX. Quiso en su mocedad ser torero y a tal fin hizo el rudo aprendizaje en las capeas de las provincias de Madrid, Guadalajara, Toledo y Salamanca. A la carencia de condiciones físicas se sumaban la escasez de valor y la falta de maneras artísticas, no llegando a cristalizar en realidad sus ansias de emular las glorias de Paquiro y Cúchares.

Tan extraordinaria era su popularidad, que Zuloaga lo inmortalizó en un lienzo genial.

Cuando El Buñolero contaba veinticuatro años de edad, harto y desengañado ya de luchar por los villorrios sin lograr salir del barro cenagoso del anónimo, decidió abandonar sus aspiraciones de lidiador, renunciando que hizo con desilusión y dolor. Y a poco, dominado todavía por el sentimiento de vestir el traje de lues, consiguió que le recomendaran a la Empresa de la Plaza de Toros de la Puerta de Alcalá para cubrir el puesto que dejara vacante en 1843 el torilero conocido por Ramoncillo, muy popular entre los aficionados de por entonces.

La alegría con que Carlos Rufo recibió la noticia de su designación para reemplazar al anterior abridor de chiqueros, no es para des-

UNA CELEBRE INSTITUCION TAURINA

EL BUÑOLERO fué sesenta años torilero de las Plazas de Madrid

Actuó en más de 3.000 corridas y abrió el toril a 18.125 reses

crita, haciéndole olvidar los desengaños y amargas pasadas.

Volvió nuestro hombre a su primitivo oficio de buñolero —de donde le provenía el apodo—, y todos los días de corrida vestía el viejo traje de torero para dar suelta a las reses que habían de lidiarse.

Había nacido en Madrid el 28 de noviembre de 1810 y fué torilero por espacio de sesenta años consecutivos, alcanzando enorme popularidad. En este tiempo dió suelta a 18.125 reses de lidia, siendo la última vez que recorrió el cerrojo el día 2 de agosto de 1903, dando libertad a un novillo de don Antonio Guerra, que poco después se le quitó para siempre el novillero Manuel García, Revertito I. Todavía salió al ruedo el 9 de agosto del citado año para recoger la llave de manos de los alguacillos, pero el anciano Buñolero —le faltaban solamente tres meses para cumplir los ochenta y cuatro años— ya no abrió el toril dicho día, ni lo volvió a hacer más.

Era en extremo dicharachero y simpático, y de sus labios se supieron vidas y milagros de muchos toreros de fama, y también triunfos y fracasos. Gustaba de relatar las cosas por enésima vez y discutir de toros y toreros en las tertulias, escuchándole y contemplándole las gentes como si fuera un viejo dios mitológico. Su ilimitada vocación taurina, su perseverancia y celo puestos en el desempeño de su cometido le dieron tal popularidad, que El Buñolero era conocido y estimado en todos los rincones manolescos del viejo Madrid. Su honradez no sufrió jamás tacha alguna ni se vió metido en pendencia. Sólo dejaba las herramientas de fabricación de buñuelos para hacer demostraciones de su profunda sapiencia taurómaca en los antros del majerío, abrir el portón de los sustos o para echar un trago de lo fuerte a la caída de la tarde.

Era de ver y oír relatar al Buñolero, con inefable emoción pintada en su rostro depauperado y sarmenoso, aquellas corridas regias celebradas para festejar los esponsales de la reina Isabel II el año 1846, y los de Alfonso XII, el rey de los amores y de los romances populares. También dió suelta a los toros lidiados en la corrida verificada el 21 de mayo de 1902, con morido en pendencias. Sólo dejaba las herramientas de la última corrida jugada en la Plaza de la Puerta de Alcalá el 19 de julio de 1874, estoqueada por Lagartijo y Frascuelo.

Más de 3.000 corridas soltó a lo largo de sus sesenta años de torilero, abriéndole el portón a 101 toros para otras tantas alternativas, muchas de las cuales habían de hacerse famosas, contándose entre éstas las de El Salamanquino, Camará, Trigo, Cayetano Sanz, Pepete I, Manuel Domínguez, El Tato, Regatero, Boca negra, Gordito, Lagartijo, el hijo de Cúchares, Frascuelo, Hermosilla, Angel Pastor, Chicorro, Mazzantini, Guerrita, Cara-ancha, El Espartero, Antonio Reverte, Algabeño, Antonio Fuentes y Vicente Pastor.

Tuvo a su cargo la infamante media luna hasta su feliz desaparición, y murió a los noventa años de edad, el día 27 de febrero de 1910, es decir, seis años corri-

ditos después de dejar su cometido de abridor de toriles.

Dato que merece consignarse, como exponente económico de aquella época venturosa y

lejana, es que El Buñolero ganaba cinco pesetas por corrida, y así estuvo treinta años, percibiendo en los últimos tiempos quince pesetas en las corridas de toros y siete con cincuenta céntimos en las de novillos. Antonio Sierra, antiguo banderillero y puntillero, sustituyó al Buñolero desde el año 1903, en que éste ya estaba casi imposibilitado, hasta su muerte, dejando Sierra en favor del Buñolero los honorarios que le correspondían.

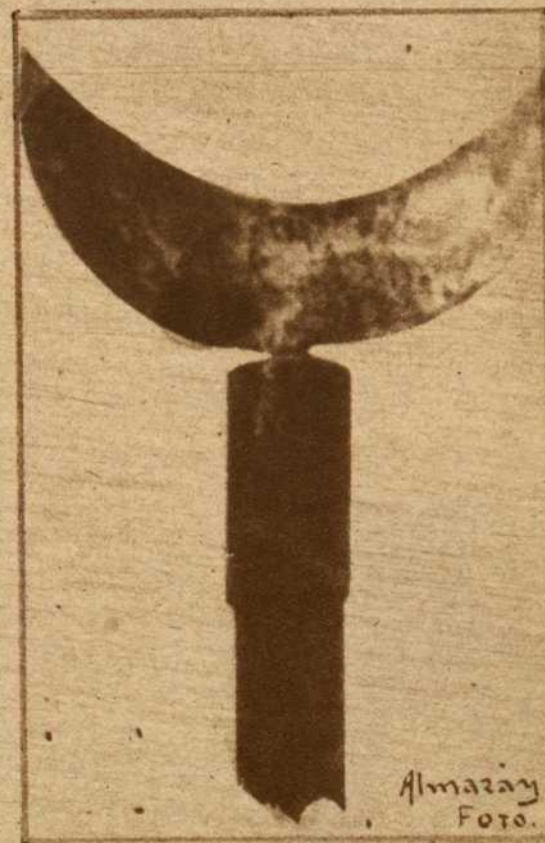
No dirá el lector que Carlos Rufo Albarrán no era un tipo pintoresco e histórico, y que bien merece recordar a aquel hombre cuyo ojos vieron hechos sumamente interesantes de la historia del toreo, como la alternativa y retirada de lidiadores de la talla de Lagartijo, Frascuelo y Guerrita, y efemérides tan trágicas como las de Pepete y El Espartero.

También tiene sus riesgos abrir la puerta de los toriles, como lo evidencia el hecho de que El Buñolero fué herido de consideración por un Saltillo el 1 de julio de 1870, el cual saltó la barrera frente al tendido número cinco, cogiendo al torilero cuando éste trepaba por las maromas de la contrabarrera. Otro percance grave sufrió en otra ocasión en que, al intentar arrancar del morrillo de un toro que se hallaba echado las banderillas, se levantó de pronto el astado y le alcanzó de una cornada, produciéndole grandes desgarros en la axila derecha.

Y por último, El Buñolero recogió de la arena, moribundo, a Pepete I y El Espartero, instantes después de sufrir éstos las mortales cornadas que les produjeron los miureños Jocinero y Perdigón, respectivamente.

Y esta es la historia en pocas palabras de aquel tipo curioso, Carlos Rufo Albarrán, El Buñolero, que mereció que su figura fuese copiada por los pinceles del inmortal Zuloaga.

AGUSTIN ALVAREZ TORAL



La infamante media luna, en buena hora desaparecida, que durante muchos años estuvo a cargo de «El Buñolero»



Ultimo retrato de «El Buñolero», la vieja institución de las antiguas Plazas de Toros de Madrid



HERRADERO EN LA FINCA DE ALDOVEA

UNA RECIENTE CAMADA QUEDA MARCADA A HIERRO Y FUEGO

Se han perdido ya los tiempos en que tener una ganadería de reses bravas era una afición, un lujo, un capricho caro, antes que un negocio vulgar. Los ganaderos tenían, en otras épocas, el orgullo de los colores de sus divisas, el buen juego de sus toros de bandera. Se producían selecciones, cruces, desechos, todo ello encaminado al mejoramiento de la sangre y de la bravura, a la producción de un toro sin defecto. El aspecto económico de la cuestión era lo de menos. A los ganaderos de hierros más areditados, el sostener su prestigio como tales, les costaba verdaderas fortunas. Pero ese mismo prestigio era su compensación y su premio. Ahora, es otra cosa. Se crían toros para el negocio, se piensa en los números y en los beneficios, y antes que la fama se defiende la peseta. La cría de toros es hoy un negocio como otro cualquiera. El buen nombre no importa desde el momento en que casi nadie se fija ya en ese nombre. Es el debe y el haber el que manda. Sin embargo, siempre hay excepciones. Y una de ellas está a las puertas de Madrid, en esa finca de Aldovea, que llega desde San Fernando hasta Alcalá de Henares, en esos pastos donde, desde la misma carretera, se ven las manchas negras de unos toros llenos de antecedentes y de historial. Estos toros descienden de aquellos otros a los que se llamaban «del Duque». Y ya

se sabía que el duque era el de Tovar. Ahora, en los cartelés, aparecen unas veces a nombre de los «Herederos del duque de Tovar», y otras al de la hija del duque, doña Piedad Figueroa, la cual, pese a su condición femenina, es la que dirige esta ganadería, auxiliada por su hija, una muchacha simpática y valiente, enamorada del campo y de estos campos suyos, donde ha empezado a comprender y a estimar toda esa vida y ese afán que gira en torno al toro, desde que nace hasta que encuentra muerte, la más brillante para una fiera, entre el aplauso de la multitud y el oro de la tarde, a manos de un espada de tronío.

La ilustre y linajuda dama nos ha invitado hoy al herradero, es decir, a presenciar la marca que el hierro candente ha de dejar en los becerros y becerras de la reciente camada. Y a Aldovea hemos ido para presenciar estas típicas faenas.

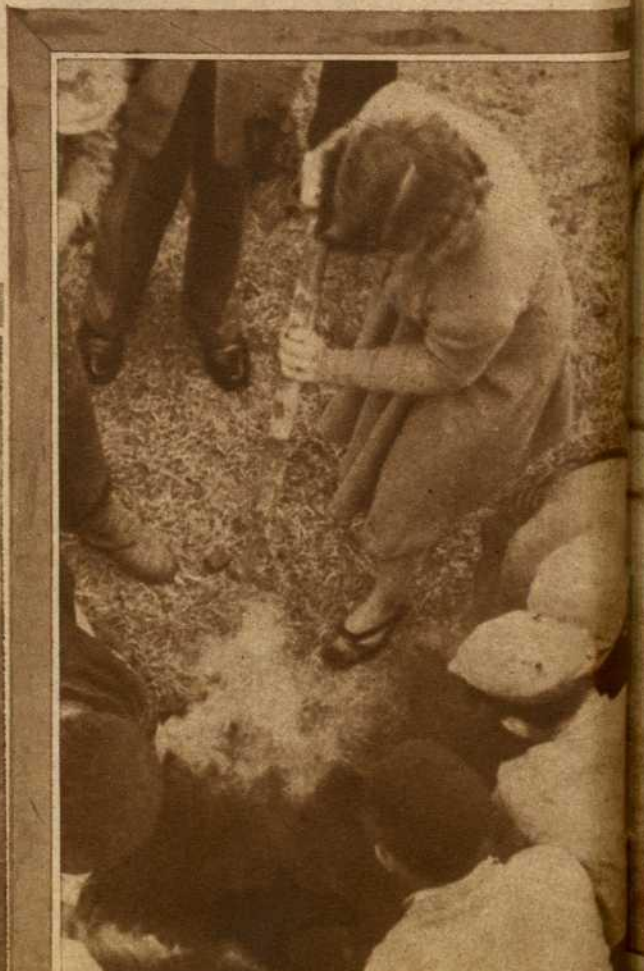
En las corralizas, los animales, en un instinto del martirio próximo, se empujaban unos a otros en busca de la huida imposible. Uno de ellos era apartado cada vez, hábilmente apresada su pata en el lazo de cuerda y sacado al pequeño corral, donde los mozos, capitaneados por el mayoral, luchaban hasta derribarle. Después, los hierros al rojo dejaban su marca de fuego, esa marca que, el día de mañana, significará éxito o fracaso: la muerte con pena y sin gloria o la muerte elogiada con clamor de ovación del toro de casta. Ya marcado,

el becerro busca inútilmente la venganza en los cuerpos de los mozos y pronto se pierde, con su carne escocida, hacia el prado, donde las vacas esperan, con su mirada tierna y triste, la vuelta de los que hace unán horas quitaron de sus lados.

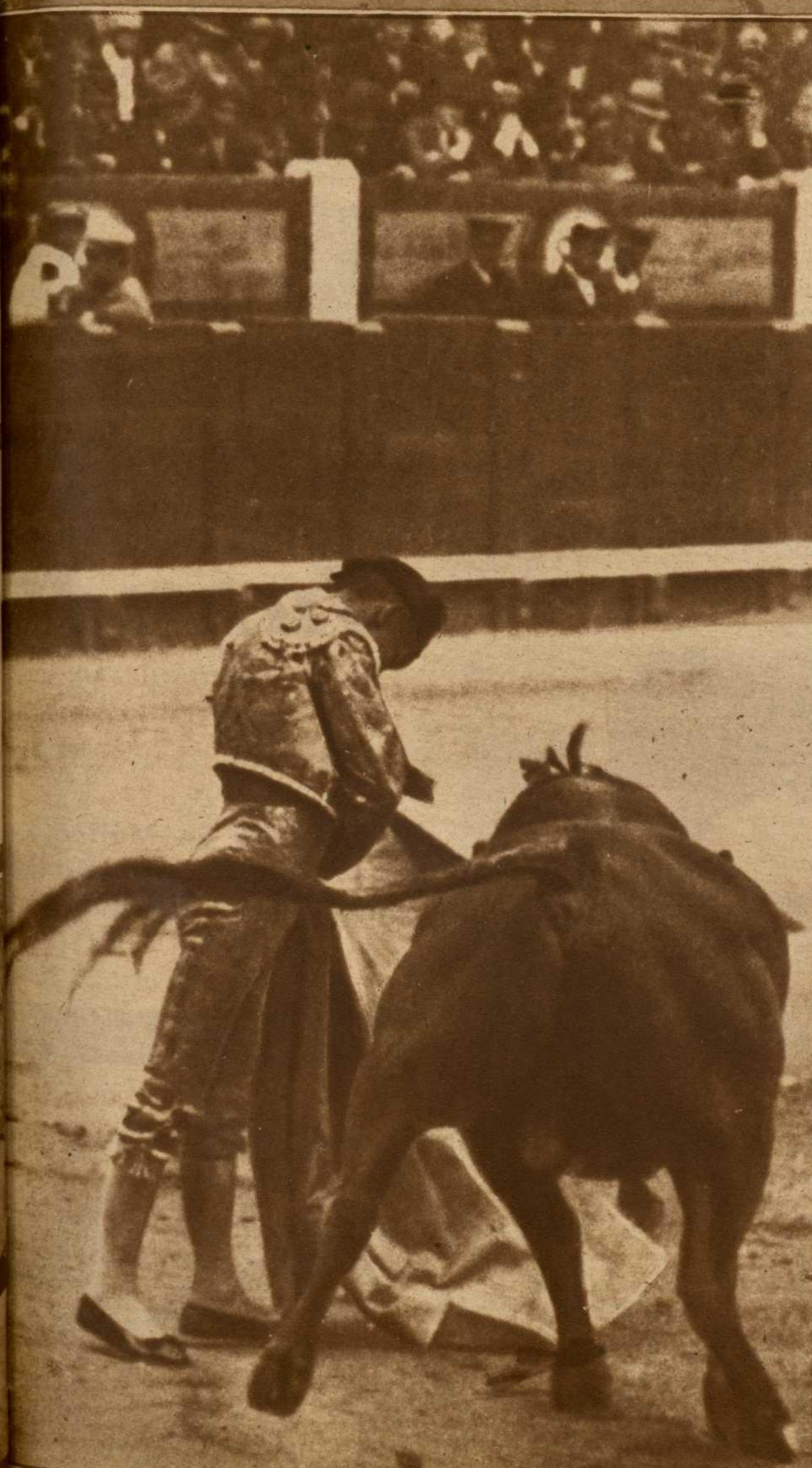
Unas setenta cabezas constituyen esta camada, entre machos y hembras, y a juzgar por la rebeldía, que dió origen a numerosos revolcones, va a ser ésta una de las mejores camadas en cuanto a bravura.

Ahora, doña Piedad, ya terminado el trabajo del herradero, que ha llevado toda la mañana, obsequia a sus amigos y habla de sus esfuerzos porque en estas tierras que heredó de sus mayores, continúe la tradición de una divisa célebre en los ruedos. Sin embargo, estos esfuerzos requieren no pocos disgustos y muchos sacrificios de todas clases.

J. M.



Desmayo y asunción torera de GITANILLO DE TRIANA



Todos te vimos caer,
serafín de los toreros,
en un revuelo de nubes
desamparadas de cielo.
Asunción del alamar,
en aviones de incienso,
por callejones de sol
rumboso y lagartijero.
Fronteras de azul sin fin
cruzó despacio tu
[cuerpo.

El aire que te empujaba
olía a capotes muertos.
¡Oh brisa lanceadora,
silbando clamor de ruedos!
La puya de las estrellas
te recibe, ya sin nervios,
picando de guiños verdes
el temple de tu silencio...
Rígido, las manos bajas,
verde y pálido en moreno,
capote de larga angustia
jalea tu propio entierro.
En pie, la Virgen María
te acoge —gitano lento—,
tocando palmas de júbilo
a tu eternidad sin sueño
Tu corazón —sin latido—
pide perdones —sin eco—
a los tres estoques altos
de la Trinidad del Cielo,
y, el capotillo a la espalda,
rezas al Dios de los Cielos,
toreándole la Gloria
con oraciones al quiebro...
¡Ay piel de plata oxidada!
¡Ay rama de olivo tierno!
Justa y Rufina te esperan
—clavel y rosa al cabello—,
abriendo de par en par
la puerta de los chiqueros.
¡Ay, cómo llora San Juan
sobre los cuatro Evangelios,
diciendo con voz de luna
tu tránsito macareno!
Por la tierra, por el mar,
con banderillas de fuego,
la naturaleza muerta
parea a los cuatro vientos.
Mirad a Francisco Vega,
por los estribos del Cielo,
sobre crines de agonía,
jinete de los dondiegos,
clavando divisas de
fervor a los Sacramentos.
De eucaristías de amor
comulga luz de los ruedos.
Doscientas Plazas de toros
agitan pañuelos negros,
girando los redondeles
tres veces por su recuerdo...

¡Ay luz del atardecer,
cuando el alma del torero
juega el alimón de muerte
mano a mano con su cuerpo...

Es entonces cuando llegan
puntillas de sangre y hielo,
y, rasgándole la nuca,
llevanse el último aliento...

Curro Vega de los Reyes,
tímido, pálido, quieto,
de la Plaza más azul
¡se abre de capa en los medios!...

RAFAEL DUYOS

Valencia del Cid, agosto 1933.



BELMONTE encontró en París con un sombrero de ala ancha que fue la atracción del boulevard de los Italianos, durante las pocas horas que el trianero anduvo por la ciudad. Por la noche le llevaron a un cabaret llamado «La Ferias», en el

que Juan fue agasajado hasta el amanecer. Al día siguiente tomaba Juan, en El Havre, el barco que había de llevarle a la otra banda del Atlántico.

En el *Impérator* iba también Rodolfo Gaona, pero el torero azteca, demasiado sensible al mareo, apenas si asomó la cabeza por cubierta; Juan, en cambio, estaba en todas partes, sin sorprenderse de nada, como si ya estuviese de vuelta de todas las cosas.

Cuando el trasatlántico ancló en los muelles neoyorquinos, Belmonte saltó a tierra, convertido en un turista perfecto. Al hombre le colgaba una máquina fotográfica —así iban los ingleses por las calles de Sevilla—, y en su interior le bailaba un profundo desdén por aquellos bloques inmensos de edificios, por aquel trá-

UNA FAENA QUE «MERECE LOS HONORES DE SER ESCULPIDA EN MARMOL»

El 9 de noviembre fue la presentación en Méjico, con toros de San Diego de los Padres y alternando con Vicente Pastor. La crítica voló —de nuevo— sus más sinceros elogios sobre el arte de Juan Belmonte. Los mejores periódicos de la vieja capital de Nueva España proclamaron con unanimidad los méritos indiscutibles del trianero, con frases que no se habían escrito desde los tiempos del malogrado Antonio Montes.

«Y luego —decía *El Imparcial*— ¡es preciso ver torear a este coloso! Es preciso verle para darse cuenta de que en él todo está en armonía; que se abandona de tal suerte a ese su juego terrible y mortal; que seguramente, en aquellos momentos, el mundo entero está encerrado para él en la estrecha cuna de sus adversarios y en las miradas enloquecidas de esas 20.000 pupilas que, clavadas en su persona, siguen, conmovidas por el espanto, toda la gracia audaz, toda la agilidad sorprendente que hay en sus movimientos.» Y añadía después el revistero: «Su hazaña con la muleta en el primer bicho merece los honores del mármol y quedar esculpida en el más alto frontis del temolo de ese arte fascinador del torero...»

BELMONTE NO SE PARECE A NADIE

Tampoco escapó a los críticos mejicanos la originalidad del arte de Juan. *El Independiente*, por ejemplo, decía: «Se dice que Belmonte recuerda a Montes; se asegura que la efígie del nuevo astro es una reminiscencia de aquel lidiador, que ya nos parecía algo nuestro. Error, inmenso error. Belmonte no se parece a nadie. Ya le vimos, ya no nos guía ese fárrago de cró-



Juan Belmonte, en su época de vida profesional, en la actualidad, a la puerta de su cortijo de Gómez Cardena (Fots. Luis Arenas)

JUAN BELMONTE
Breve bosquejo de la vida de un hombre extraordinario y famoso

BELMONTE en Méjico. — ante a Rodolfo Gaona. — La espada del general Huertas. — El regreso a España. — Los regalos que traía Juan. — cuando comenzó a hablarse de la rivalidad de GALLITO



Belmonte en un muletazo ayudado por alto, a un toro al que cortó las orejas y el rabo, en Valencia

fico endiablado, por aquella prisa incomprensible, de la gente...

LA ENTRADA EN MEJICO

Las noticias que de los triunfos de Belmonte llegaron hasta Méjico crearon en el ambiente taurino de la capital una expectación enorme. Por entonces, cualquier opinión de un crítico madrileño era conocida en las tertulias taurinas mejicanas horas después. Por eso no es de extrañar que los aficionados aztecas hicieran a Belmonte un recibimiento apoteósico. Desde la estación al hotel donde iba a hospedarse, una multitud, en la que se mezclaban humildes y poderosos, acompañó al torero entre vítores y aclamaciones.

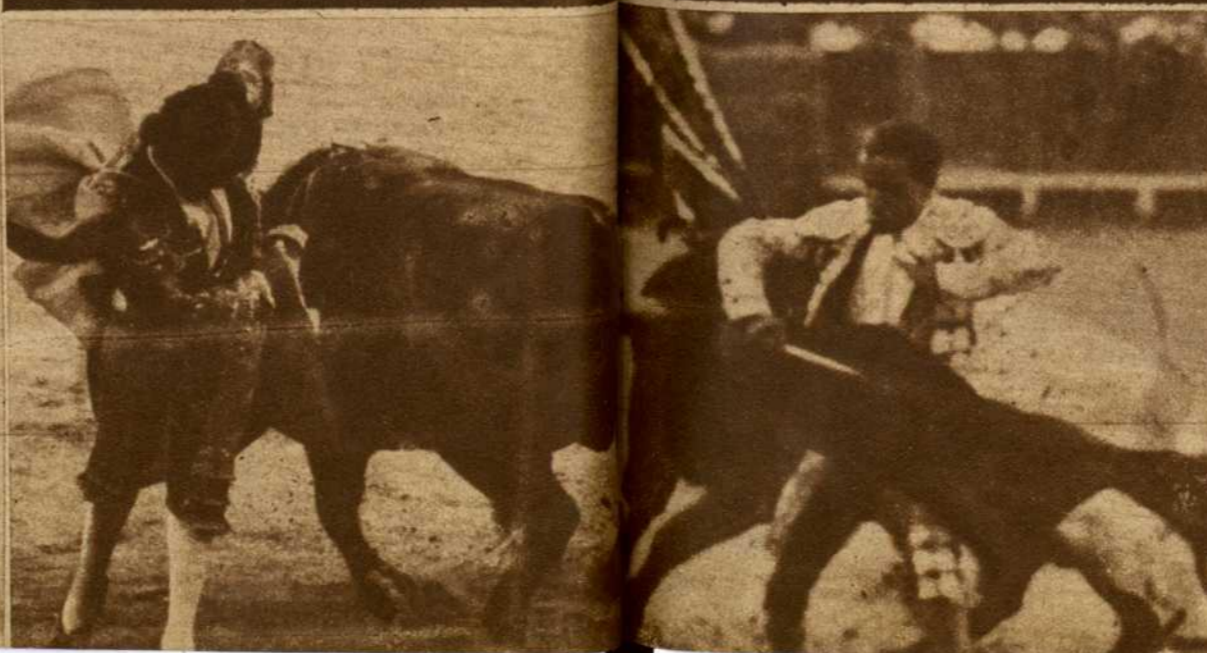
Ni que decir tiene que los periódicos mejicanos entablaron un cortés pugilato para mejor servir a sus lectores en cuanto a Belmonte se refería. Juan tuvo que contar varias veces las incidencias de sus comienzos y, naturalmente, responder a las preguntas, indiscretas o inocentes, que le hicieron los periodistas mejicanos.

nicas que hablaban de Belmonte como algo sobrenatural. Ya le vimos, y nos parece que todos los elogios que se han dicho del fenómeno son tibios, incoloros. ¡Belmonte es más grande que su fama!

LA COMPETENCIA CON GAONA

Dieciocho corridas toreó Belmonte, entre la capital y los Estados. En siete de ellas tuvo como rival a Rodolfo Gaona, el torero mejicano más famoso en aquellos años. Casi desde el principio, el público, que gusta de las competencias taurinas, se empeñó en poner frente a frente a uno y otro. En Méjico, en Veracruz, en San Luis de Potosí, en Nogales... en todas las ciudades importantes, la afición se dividió en dos bandos. Gaona, que era un torero muy completo, muy clásico, apreció en lo que valía la competencia, y en una carta, escrita a don Pedro Nau, un buen amigo español, que había vivido mucho tiempo en Méjico, dijo lo siguiente: «Ya estamos, querido don Pedro, frente a frente Belmonte y yo. Lo mismo los españoles

La clásica media verónica que el de Triana hizo celebrando el espeluznante mallete cuyo sello lleva la huella inconfundible de Juan



que mis paisanos de Méjico, no saben vivir sin sembrar odios taurinos. Por gusto de todos, nos encerrarían a los dos juntos en una jaula para que acabáramos el uno al otro a mordiscos y puñetazos. Pero resulta que Belmonte es azúcar pura, en punto a bondad e intenciones. No tira una ventaja ni sabe hacer una mala faena al compañero. Torea en su toro y no estorba en el que no le corresponde. Y no es de mí, es del propio Patas-Largas. Y tampoco dice esta boca es mía. Maera, que va mucho con Calderón y con Pinturas, me ha dicho que Belmonte tiene muchas ganas de verse en Madrid conmigo. Y de acompañarme con su amistad. Yo se lo agradezco mucho.»

CUANDO DIECISIETE MIL ESPECTADORES DEVOLVIERON SU LOCALIDAD POR NO TOREAR BELMONTE

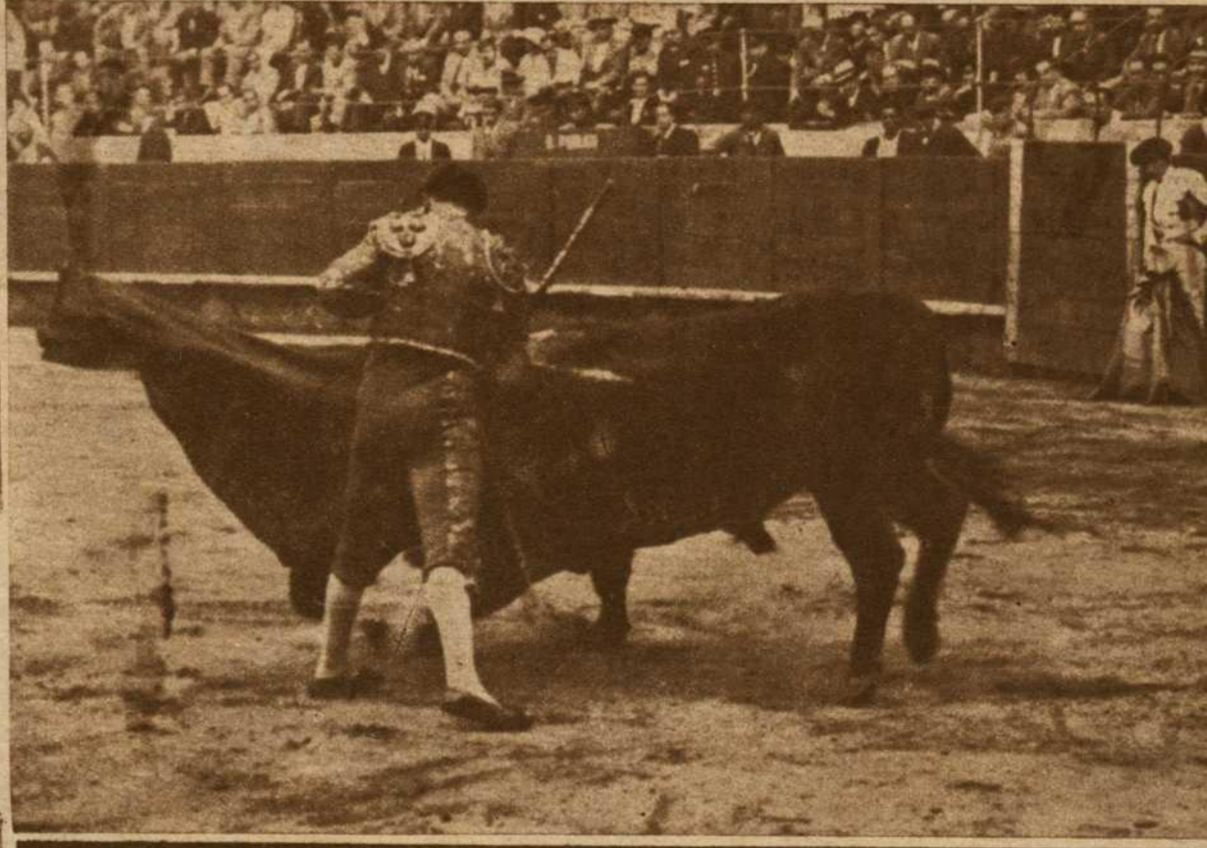
Un domingo, la Empresa de Méjico organizó un cartel con las máximas garantías. Se lidiarían seis toros de Piedras Negras para Vicente Pastor, Gaona y Belmonte. Desoertó la combinación tal entusiasmo entre los aficionados, que el viernes, dos días antes de la corrida, se habían vendido veinte mil localidades. Pero Belmonte, que se hallaba en una finca de campo con unos amigos, sufrió un percance al torear una vaquilla, y la herida le impidió torear en Méjico. Cuando la Empresa colocó los avisos anunciando que Belmonte no torearía y que, por tanto, Gaona y Pastor despacharían la corrida mano a mano, diecisiete mil espectadores se apresuraron a devolver sus entradas. Y lo que iba a ser un lleno completo se convirtió —de la noche a la mañana— en una mala entrada.

LA VUELTA A ESPAÑA

En Méjico se estaba muy bien... Belmonte lo proclamaba entre sus amigos de verdad. Años después confesaría que en aquellos meses fue cuando, por vez primera, se sintió «amo del mundo».

Le sobraba el dinero y las aventuras. ¿Para qué más? Pero en febrero, Belmonte emprendió el regreso a España, deseoso de encontrarse entre los suyos de nuevo.

Juan desembarcó en La Coruña, donde le esperaban su padre y varios amigos, entre los que se hallaban su nuevo apoderado, Juan Manuel Rodríguez, y su mozo de estoques, Antoñito Conde. Como todo torero que se tuviese por algo, Belmonte venía cargado de regalos y recuerdos. Traía dos perros chichauas, para sus hermanas; un loro, para Sebastián Miranda; un traje de charro para Fernando Gillis; una colección de postales taurinas, para el revistero taurino «Don Modesto»; tacaño abundante para Pérez de Ayala... y otras bagatelas para cuantas amistades le salieran al paso. Para su padre,



Un muletazo por bajo, de castigo, en una de las actuaciones de Belmonte en la Plaza de Barcelona

Tal era la popularidad que el diestro de Triana conquistó en su primera temporada en Méjico.

EL GENERAL HUERTAS, AMIGO DE BELMONTE

Tanto creció la fama de Belmonte en Méjico, que hasta el presidente de la República, general Huertas, sintió deseo de conocer personalmente al diestro. El general envió a Juan un emisario, que se presentó una mañana en la alcoba del torero, tocado de lustrosa chistera, y le invitó a comer. El presidente acogió a Belmonte con manifiesta cordialidad y se pasó un buen rato oyendo hablar al fenómeno. Después de la comida, el general obsequió a Belmonte con una espada que tenía en gran estima, por haberla llevado en reciente y memorable ocasión (cuando fue proclamado presidente de la República), y Juan prometió convertirla en estoque y estrenarla el primer día que torease en Madrid.

para el «señor José», traía Juan un brillante del tamaño de un garbanzo, por el que había pagado en Veracruz más de cinco mil duros.

En Madrid se festejó el regreso de Juan, y los periódicos gastaron tinta abundante al referir los detalles de su campaña triunfal en Méjico. Sevilla, adonde llegó el día 7 de marzo, le dispensó también una acogida cariñosísima. «Don Criterio», la calificaba al día siguiente, de «verdadero acontecimiento», por el entusiasmo que demostró la multitud que llenaba los andenes de la estación de la Plaza de Armas.

Tres días después, cuando ya Belmonte había repartido abrazos y regalos, se celebró un banquete en su honor, en el Hotel Simón, y allí se proclamaron las excelencias del trianero, a quien le aguardaba en la temporada que iba a comenzar, una competencia difícil.

Porque ya el mundillo taurino había colocado a Juan frente al otro coloso de la torería, frente a Joselito.

FRANCISCO NARBONA

NO podíamos, en esta cita semanal de obras y pintores, de escuelas y estilos, que han venido sucediéndose con una aportación más o menos amplia del tema taurino, dejar pasar más tiempo sin consignar en estas columnas el nombre de este decano de la pintura que se llama Rafael Hidalgo de Caviedes.

Cuando frente a su cuadro «Picador a tierra», que ilustra y decora esta plana, hemos analizado la bondad maestra de todas y cada una de las pinceladas, la brillantez del color y la suavidad de las gamas, no hemos podido por menos de evocar a aquel gran maestro suyo, Federico de Madrazo, que allá en los años casi finales de siglo inculcó en el entonces joven discípulo su concepto altísimo del arte pictórico y el de una responsabilidad, constantemente manifiesta con la obra, en la misión creadora. Rafael Hidalgo de Caviedes supo bien asimilar las mejores enseñanzas de sus maestros, y luego, sumando a la pintura su propio criterio, su inspiración personalísima, el lógico concepto evolutivo del arte, su espíritu emocional y su talento concepcionista, fué creando su obra, que con analogía a la de los que enseñaronle a manejar los pinceles, no dejó un día de emanciparse creando su escuela, que aun actualmente, y a pesar de su edad avanzada, se mantiene fresca y lozana, pujante y vigorosa, porque el arte, como los espíritus sensibles y emotivos, no envejece nunca. Si es verdad que este pintor quesadeño o quesadense bebió en las mejores fuentes del arte. En esos momentos juveniles en que el entusiasmo creador va tomando forma, Rafael Hidalgo de Caviedes marcha a Roma pensionado por la Diputación de Jaén, su tierra nativa, y no contento con radicar en la sede y capital del

UN CUADRO Y UN PINTOR

“Picador a tierra” y Rafael Hidalgo de Caviedes

mundo del arte, hace frecuentes viajes por Italia, se mueve dentro de ella, donde estudia y se familiariza con los grandes maestros, y cuando ya se cree en condiciones de competir con sus contemporáneos, envía a la Exposición Nacional de Bellas Artes su cuadro «Examen de un modelo», que testimonia su talento y lo acredita como expertísimo pintor. Era el año 1884, y Rafael Hidalgo de Caviedes contaba en el haber de su existencia la edad de veinte años.

Para sus entusiasmos y desvelos, para sus sueños y proyectos, el éxito alcanzado le alienta y estimula. Ya tiene un puesto en el índice de los pintores coetáneos; ya su firma, saliendo del anonimato, alcanza los honores de ser comen-

tada. Desde entonces, toda su vida ha sido y es una constante dedicación para su carrera, para la que se considera infatigable. Es digno de observar cómo el arte absorbe y domina; cómo, cuando la fiebre creadora alienta, todos los afanes tienen su compensación en el recreo espiritual de la propia obra. Sólo cuando el artista crea por un impulso incontenible de expansión de su propio dolor o alegría íntima, con un desinterés para todo lo que no sea el florecimiento de su arte, éste marca su personalidad y traza una ruta segura y firme, duradera y eterna, dentro de lo ineterno de la vida.

«Picador a tierra» es una de las felices realizaciones artísticas de este maestro de la pintura. Sobrio de líneas, bien acusados los contrastes, con una maravillosa fuerza expresiva, sin más pinceladas que las precisas y con un realismo en la posición del personaje que acreditan a Hidalgo de Caviedes como expertísimo captador de estos momentos o caídas especiales de la lidia.

Detalle digno de destacar en esta obra pictórica es el relativo al ropaje, en el que con pinceladas maestras y vigorosas, sin ninguna afectación de líneas en el dibujo, se ha logrado plenamente por el artista recoger, de modo preciso y elegante, lo que en realidad es el atuendo del picador.

En resumen: podemos afirmar que el autor de «Las tres edades», «¡Qué hermoso es!», «Eternos caminantes», etcétera etc., en el ambiente taurino ha logrado superarse con esta magistral producción de su talento y de su paleta, que es la pintura «Picador a tierra», digna de figurar en las mejores pinacotecas de arte moderno.

MARIANO SANCHEZ PALACIOS

«Picador a tierra», cuadro de Rafael Hidalgo de Caviedes. Lleno de fuerza pictórica y emotividad



El pintor AGUSTIN SEGURA estuvo dos días vestido con traje de luces

El torero es un hecho racial que no puede darse más que en tierras y en climas determinados

A la hora de hablar con aficionados este gran artista había de aparecer en nuestras páginas.

Agustín Segura tiene todavía caliente el recuerdo emocionado del homenaje que hace poco le han tributado en su lugar natal. Lo primero que nos muestra es el pergamino, en el que está su título de hijo predilecto de Tarifa. Luego nos habla de los días de su infancia, de las

calles estrechas y las casas blancas y pequeñas de esta población, que parece traída de Marruecos, en la que el tiempo, en lo que se refiere al paisaje y a la arquitectura, no ha pasado todavía de la época árabe. En la casa donde nació hay ya puesta una lápida conmemorativa. A los cuarenta y cinco años, Agustín Segura y sus pinceles han conseguido la fama imperecedera, porque este artista tiene una personalidad acusadísima, una firma reconocible, aunque sus cuadros fueran sin firmar. Sus obras poseen todas una vida, una vibración especial; la que les proporciona el alma del pintor por el vehículo de su inspiración. La pintura es el mundo en el que vive todos los días, y cuando se entrega a ella, lo hace hasta tal punto, que frecuentemente permanece ocho horas seguidas olvidado de cuanto no sea su labor de creación, sin acordarse siquiera de encender un pitillo, siendo, como es, un fumador empedernido. Como se sabe, Agustín Segura ha obtenido, en la última Exposición Nacional de Bellas Artes, la Primera Medalla de Oro. Es un gran artista, que ha llegado a un punto de éxito muy difícil de alcanzar, pero que, en medio de su rotundo triunfo, no ha descendido de su campechanía cordial, de sus costumbres sencillas, de sus antiguos amigos, de sus aficiones de siempre. Entre las cuales está, en primer término, su afición a los toros. Su afición, que le viene...

—¿Desde cuándo es usted aficionado?

—Desde siempre. Yo creo que era ya aficionado desde antes de que viera una corrida; pero los primeros toreros a quienes vi actuar fueron Joaquín Hernández, Parrao, Vicente Segura y Manuel González, Rerre.

—¿Dónde fué eso?

—En Sevilla, hace muchos años, en la Plaza de la Maestranza, en una corrida del Corpus.

—¿Y qué faena es la mejor que ha presenciado?

—La de José Gómez, Gallito, en la tarde de su alternativa. Como aquello, nada.

—¿Ha sido Joselito el mejor torero de cuantos ha visto?

—Para mí, sí. Sin dudar. Pero no olvido a Belmonte.

—Por lo que deduzco, se inclina usted por aquellos tiempos.

—Le diré... El toreo antiguo tenía más brío y más peligro. Todo es, ¡claro está!, cuestión del toro.

—Luego también se inclina por el toro de ayer.

—Por el toro, sencillamente.

—¿Ha pasado alguna vez de la situación de espectador a la de actor?

—¡Ya lo creo! En muchos festivales. Y una vez salí vestido de luces y todo.

—¡Caramba! Se me hace un poco difícilillo creérmelo.

—Pues ahora le traeré una fotografía del «suceso» para que no le quepa ninguna duda. Yo me vestí de luces en Aracena, como todos los que toreamos en aquella fiesta. Uno de los matadores era el marqués de Aracena, precisamente, que despachó con mucho saleiro un novillo de tres años. Yo le puse banderillas a un becerro. Nunca he pasado de banderillero. Entonces era yo jovencito y despreocupado, me veía bien con el traje de luces, y estuve dos días con él puesto, y así, vestido de torero, iba por las calles y me presentaba en el Casino y en todas partes... Los pocos años...

—¿Quiere decirse que le hubiera gustado ser torero?

—Sí; pero me gusta más lo que soy: pintor. Lo llevo dentro, y... tiene menos peligro.

—¿Qué es lo mejor de la fiesta?

—Lo que en un día de inspiración haya hecho Rafael, el Gallo.

—¿Y lo peor?

—Lo que otro día, sin inspiración, haya hecho el propio Rafael.

—¿Cómo se comporta en el tendido? ¿Grita, se apasiona, disiente?

—Nada de eso. Soy, simplemente, observador. Ni silbo ni toco las palmas.

—¿Sólo ver?

—¿Y qué mejor cosa puede hacer un pintor?

—¿No será que esté en desacuerdo con el público de hoy?

—Desde luego; el de ayer entendía más. Eso me parece innegable, y no hay por qué ocultarlo.

—¿Cree que le sobra algo al toreo actual?

—Sí. Creo que le sobran las manolequinas.

—¿Y qué es lo que le falta?

—Le faltan dos o tres Manoletes.

—¿Hay mucha influencia taurina en su obra artística?

—En general, el color, la emoción, lo castizo y, en una palabra, su españolismo.

—¿Y en particular?



—Cuadros de ambiente, y, principalmente, retratos de toreros. El más reciente que he hecho es del Pipi, el picador que va con Manolete.

Agustín Segura responde, como ustedes ven, de una manera casi telegráfica. El cree que un pintor—y un pintor como él— debe contestar así, y las frases le salen definidas y definitivas, como sus pinceladas maestras. Son frases que sugieren mucha comentario, o, como diría él, mucho paisaje; pero el paisaje, cuando se pone demasiado cerca, difumina el tema principal, y Agustín Segura prefiere que destaque, y lo demás debe quedar como en un fondo tenue y lejano.

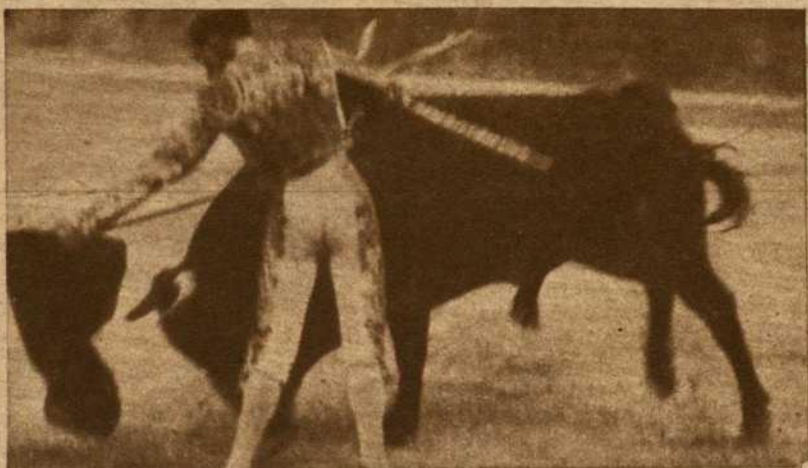
—El torero—dice ahora— es un hecho fundamentalmente español, racial. No se concibe un torero suizo o checoslovaco. Aun dentro de España hay regiones en las que no se da el torero. Del mismo modo que la encina o la naranja requiere una tierra y un clima determinado, así el torero crece en un ambiente y en una temperatura que se dan en concretos sitios de nuestra Patria. Por eso, la fiesta es y será siempre española, y el torero, un «producto» netamente español.

—No obstante, en otros países, en Méjico, por ejemplo...

—¿Y qué es Méjico, racialmente, sino España, trasplantada a América? Por algo le llamaban Nueva España...

DE FIGURA DEL TOREO A CAMERAMAN

Ricardo González, alejado ya de los ruedos, hizo el paseo en una fiesta taurina celebrada en Madrid, contando tres años



Ricardo González, en la época en que era figura de la novillería

TREINTA duros cobró Ricardo González la primera tarde que se vistió de luces para torear en serio. Eran tiempos de mucha lucha... con las Empresas y compañeros, que llegaban plenos de ilusión. Los toros era el espectáculo más español y varonil. Un torero era la admiración general de quienes reconocían por las calles al diestro, ya cuajado en figura.

Ricardo González, madrileño, se vio arrastrado a esta profesión. Que, aun catalogada de arriesgadísima, atrae a su seno a cuantos se sienten capacitados para triunfar.

Había sentido de cerca el impulso. En el trabajo diario de sus familiares veía desfilar las figuras de la época. No se hablaba más que de toros, y el tema siempre se reflejaba en los asuntos taurinos, que su tío Paco dirigía con sumo acierto.

—Quizá de vivir mis padres no hubiera encontrado tanto ambiente. Y como todo tiene influencia, fui torero por este contacto—nos decía el torero madrileño, hoy apartado de la lucha.

Ricardo González, torero finísimo, elegante como pocos y dotado de unos conocimientos perfectísimos, por convivir sternamente con los toros, llegó rápido a la cúspide. Vino fuerte, cuajado, y su sitio no lo perdió un instante.

Ahora, ya triunfando en la nueva profesión, surge el recuerdo de aquellas tardes epilépticas de los comienzos, alérgicos y llenos de esperanza, cuando desfilaba al frente de las cuadrillas por el ruedo madrileño. Era una becerrada del Montepío Mercantil.

Ricardo González, con tres años y medio —ningún otro ha desfilado en las circunstancias del diestro madrileño—, fue sacado a hacer el paseo, con Vicente Pastor de director de lidia. Treinta y tantos años hace de esto, y el recuerdo sigue latente. ¡Era la primera vez que pisaba una Plaza de toros!

En la calle de Santa Brígida, pleno corazón de Madrid, Ricardo González comenzó a torear. Con la cesta de mimbre y unos muchachos que se prestaban a servirle para su aprendizaje. Las faenas del chiquelo tenían la aprobación de la barriada, y aquellos elogios fueron motivo influyente para decidirse al toreo.

Y los conocimientos de su tío le facilitaron el camino. San Sebastián de los Reyes... Los Molinos... El Escorial... Así, muchas mañanas, bajo los fríos del mes de enero, en las fiestas campesinas. Tentando vaquillas y sementales.

Por fin, salvando esa indecisión del principiante, se asomó a un ruedo. Zaragoza había de servirle de examen en su carrera. Y el triunfo no se dejó esperar, porque en los primeros lances, con aquella mojetucosidad y pin'ureta que lo situó a la cabeza de los lidiadores, el público lo premió con cálidas ovaciones.

Ricardo González, en las novilladas económicas de la capital aragonesa, cobró treinta duros por su primera actuación. Sin caballos, en la tarde del 5 de julio de 1925.

No se puede olvidar el primer becerro estoqueado. Ricardo González, hoy adorado ayudante de «cameraman», cita en la conversación sostenida sobre su historia taurina los recuerdos más gratos de veinticinco años de torero.

Hoy, con su larga experiencia, apartado totalmente de la profesión taurina, habla sobre el pasado.

EL PRIMER TRIUNFO EN ZARAGOZA

Por la primera cobró treinta duros. Pero los gastos fueron el doble de la cantidad percibida, desplazando a toda la cuadrilla en los «taxis». Esto dará idea de los beneficios que tiene todo el que comienza. Pero ante el triunfo conseguido aquella tarde le firmaron cuatro. A mil duros cada una.

Ricardo González, conocido por el novillero madrileño de más cartel de los de su época, evoca estos recuerdos. Y aquel dinero le dió moral, compensó todas las primeras ilusiones, empujándole a seguir ya por la triunfal carrera que le reservó el Destino.

Cinco mil pesetas en el año 1925, para un principiante, suponía mucho... Más que todos los elogios y ovaciones que le tributara la afición, que era parte integrante de este despido de las Empresas.

Y estos triunfos le abrieron las puertas del coso cercano a Madrid. Tetuán de las Victorias era la antesala de la primera Plaza de España. El triunfar en el modesto redondel de la barriada madrileña suponía mucho.

Poseando en hombros, con las orejas del bicho en sus manos, los mozaibetes madrileños lo llevaron hasta Cuatro Caminos. Muy pronto comenzó a sonar el nombre de Ricardo González.

—Este, ¿fue tu mayor triunfo?

—Para mí, por la resonancia que tuvo y la faena realizada, lo fué el conseguido una tarde en la Plaza de Madrid. Me despedía de novillero, con Pepe Iglesias de compañero de cartel. Corté las orejas y me sacaron a hombros por la puerta grande. Entonces, salir así suponía el firmar muchas corridas al triunfar en la capital de España.

Esta tarde acabó la labor más dura y espinosa de la profesión. La alternativa, el viaje a Méjico, empresario de toros... Ricardo González, desde el año 1929, en que confirmó la alternativa en Madrid de manos de Marcial Lalanda, a hoy, los triunfos han respaldado sus actuaciones. Su historia es larga.

—¿Qué triunfo le impresionó más a Ricardo González?

—Uno de Madrid—nos dice.

Alternaba con Curro Paya y Cagancho en corrida de abono. Al cuarto anuncio se celebraba, por fin, la mencionada corrida. La lluvia había sido motivo de cuatro suspensiones.

—¿Y triunfaste?

—Creo que sí. Porque la oreja me la llevaron a la enfermería. El bicho dió en la báscula cerca de treinta arrobas... y era el más pequeño. El que no pude despachar arrojó un peso de treinta y cuatro. ¿D? aquella tarde guardo el recuerdo de una cicatriz de veintidós centímetros, en la espalda.

—¿Muchos percances?

—No muchos. El mayor, este que te mencionaba anteriormente. Pero suficiente para cortar la carrera. Esto es lo que «nos hace perder el sitio», como se denomina en el «argot» taurino a quien deja de arriarse... Y nosotros, que vivimos esos momentos difíciles, sabemos apreciar la frase, por su realidad.

LA OBLIGADA RETIRADA Y LOS VIAJES

Tras el triunfo alcanzado en la temporada de 1929, Ricardo González fué contratado para Méjico. Y aquel invierno lo pasó por los Estados mejicanos, triunfando con gran resonancia. Tres corridas llevaba firmadas... y actuó once tardes. Cortó la primera oreja en El Toreo la temporada 1929-30. Y se erigió en empresario, para actuar en Ciudad Juárez. A este viaje sumó otros tres más. Los años 1928 y 1931.

—¿Y tuvo siempre fortuna?

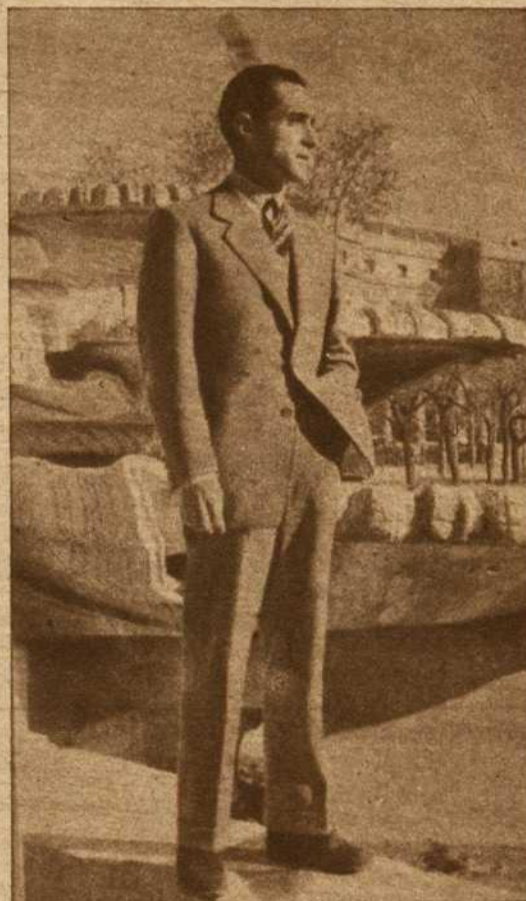
—No me pude quejar. Gané dinero y el éxito artístico también fué logrado. Dejé un gran cartel, por que mi estilo se ajustaba al gusto de la afición. Allí aprecian el toreo apretado, pinturero y alegre.

Las cornadas apartan de la actividad a los diestros. Ricardo González, como tantos otros compañeros, se vió alejado de los ruedos por una herida sufrida en el año 1934. La Guerra de Liberación llevó al olvido muchas cosas...

Al reanudarse las corridas, todavía Ricardo González quiso volver. Actuó de novillero con Pepe Luis Gallito, Manolete.

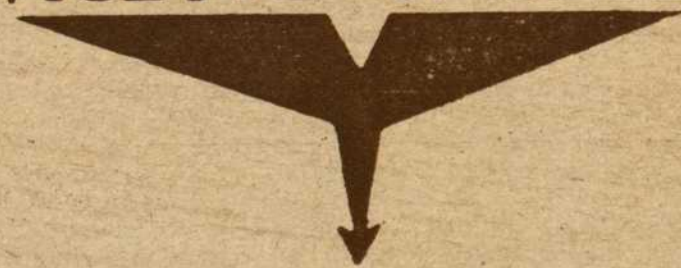
Después, tras un buen número de corridas despachadas en 1940, decidió dejarlo. Había recibido posiciones ventajosas para un viaje. Con el «Sebastián Elcano», para un documental a bordo del buque escuela de guardia marinas.

JOSE CARRASCO



Hoy, Ricardo González, alejado de los toros, se ha dedicado al cine (Fot. Manzano)

ACEYTE YNGLES



PARASITO QUE TOCA... ¡MUERTO ES!

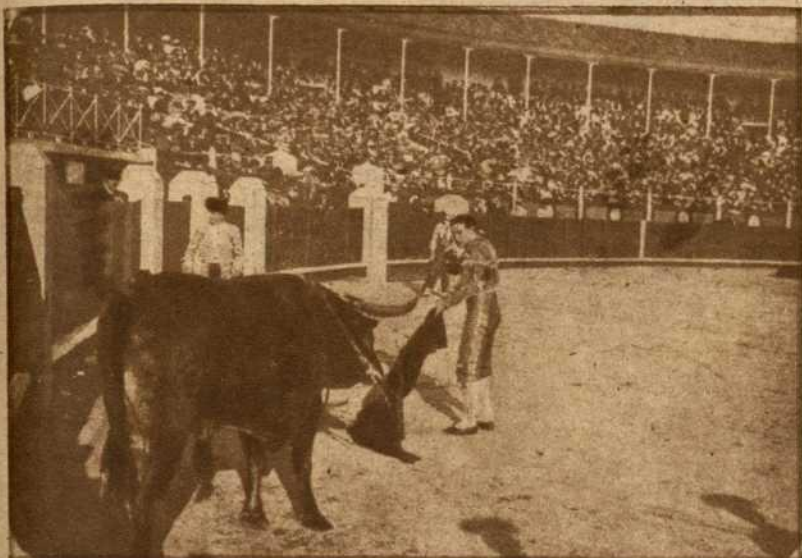
C. S. 180



Un lance de capa de Ricardo González, con la elegancia que era característica en él

Luis Mauro, novillero puntero durante quince años, fué el ídolo de la Plaza de Tetuán

Renunció a la alternativa para no perder su fama de novillero



No es este toro precisamente el Pitaco del que nos habla Mauro, pero tampoco la medida de los cuernos le debe de andar muy lejos de la de aquél

Luis Mauro pertenece a esa época heroica y brava de los toreros de principio de siglo. Sobre el año 1905, el mozo vasco empezó a bordar su sueño de gloria. Luis Mauro, que había nacido junto a los arenales de la playa de Lequeitio, muchas veces se encontró bajo sus pies descálzos de pescador el encaje de las caracolas que la bajamar devolvía a la playa. Mauro, que había aprendido en Lequeitio el embrujo de las latitudes, sintió impaciencias y deseos de ir más allá de aquel horizonte que se perdía de la vista en los atardeceres graves de la costa vasca. Y Luis Mauro, mozo vasco, con nombre de caballero andante castellano, viró en redondo. Abandonó en el pretil del puerto los aparejos de pesca y se vino a Madrid con sus sueños y sus ilusiones. En Madrid, Luis Mauro se hizo torero. Debutó en la Plaza de Tetuán, alternando con Tacerito y Pajareño. El triunfo fué rotundo y definitivo. Mauro fué paseado en hombros, ante el asombro de su padre, que esperaba que aquella novillada fuera la última.

Luis Mauro me contó su debut así:

—Mi padre no quería que yo fuera torero. Para cortarme las ilusiones, él mismo pagó los dos novillos que maté el día de mi debut. El creía que yo no podría con ellos. Y resultó todo lo contrario, porque mi triunfo me valió dos novilladas más. En la primera alterné con Paco, El Gordo y Ostioncito. Y en la segunda con Hablapoco y Romecito. El sexto toro me cogió y me tuvo en el hospital un mes.

—¿Siguió toreando?

—Quince años más.

—¿Siempre de novillero?

—Siempre. En Granada quisieron darme la alternativa, pero no quise aceptarla porque nunca me creí torero de alternativa.

—Sin embargo, sus éxitos dicen todo lo contrario.

—Es posible. Aquellos triunfos me colocaron muy bien. Pero no me dejé suggestionar. Yo, de novillero, tenía mi fama, toreaba

ocho o diez novilladas entre Tetuán y Carabanchel, a buen dinero, y terminaba mis temporadas con treinta novilladas, que por aquellos años era una cifra de respeto.

—¿Ganó usted mucho dinero?

—Ninguno. Con lo que yo ganaba tenía que mantener siete hermanos. Imagínese usted que por matar dos toros que pesaban 29 y 31 arrobas, me pagaban veinticinco duros. En la temporada del año 1908 y 1909, cuando mayores eran mis triunfos, le pedí al empresario de la Plaza de Carabanchel, señor Romero, 450 pesetas por una corrida, y él, negándome la cantidad, me dijo si yo me creía que era Guerrita. Lo que le demuestra que yo no gané nada con los toros.

—¿No toreó usted en Madrid?

—Sí; debuté alternando con Aljeteño y Carlos Nicolás, Llaveto. Por cierto que maté un toro que medía, de pitón a pitón, un metro diez centímetros. Se llamaba Pitaco, y de él el famoso crítico «Dulzuras» dijo lo siguiente: «El 25 de julio, en Madrid, se corrió un toro de Anastasio Martín, llamado Pitaco, grande, largo, viejo, alto de agujas y con dos cuernos de tamaño exagerado. Capaz era, por su tipo, de infundir pavor a cualquiera, y, en efecto, lo infundió a muchos, pues la Empresa lo tuvo durante toda la temporada de toros como sobrero y no hubo medio de colarlo en ninguna corrida, a pesar de que un «fi sí y otro también, la mansedumbre de unos y la mala presentación de otros hizo que hubiera necesidad de sustituir, quedando siempre Pitaco en la reserva.»

El hecho es que, tras tantas idas y venidas, el toro viejo, largo, cornalón y varios etcéteras, vino a caer en una novillada, casualmente, y también por casualidad le tocó ser estoqueado por el tercer espada, Luis Mauro, que debutaba aquella tarde en Madrid.

El torero de Lequeitio sonrió y añadió:

—Le refiero este pasaje de una crítica de «Dulzuras» para que vea que no he sido exagerado al decirle que Pitaco ha sido uno de los toros mayores que se han matado en Madrid.

—¿En qué Plazas alcanzó usted los mayores triunfos?



En la Plaza de Carabanchel, donde Luis Mauro triunfó tantas veces, el torero vasco apareció descabellando a un toro



Luis Mauro en la actualidad (Fot. Manzano)

—En las de Tetuán y Carabanchel. También recordaré siempre el éxito que logré toreando en Murcia y en Zaragoza.

—¿Fué usted un torero valiente?

—Con la capa y la muleta, sí; con el estoque era medroso.

—Ahora, Mauro, ¿quiere usted explicarme cómo fué que en la Plaza de Tetuán se lidiaron seis toros, cuando siempre se mataron cuatro?

—Esta fué una innovación que llegó al tener que alternar yo con los otros dos matadores. Lo mismo que las novilladas con caballos que en Tetuán no se daban, las impuse también yo. Mejor dicho, las impusieron aquellos éxitos de entonces. Cuando uno empezaba a exigir un poco nada más.

—¿Se fué usted joven de los toros?

—Cuando tenía treinta y dos años.

—¿Por qué se retiró?

—Por cálculo. Mire usted: yo en Madrid aprendí el oficio de ebanista y como ebanista trabajaba en el invierno. Un día hice cuentas y vi con asombro que con la gubia ganaba mucho más dinero que matando toros de 29 arrobas. Aquello me desilusionó y un buen día, sin decir a nadie una palabra, me fuí de los toros.

—¿Su toreo cómo era, Mauro?

—Siendo vasco, mi toreo era sevillano. Esto no es una apreciación mía. Hable, hable usted con los toreros y con los aficionados de mi tiempo y le dirán lo mismo: que mi toreo era sevillano. Más tarde, cuando me fuí de los toros, y como simple aficionado, he sido un gran admirador del toreo rondeño. Pero lo uno y lo otro ya están muy lejos de mí. Ahora apenas si recuerdo aquellas tardes de triunfo en Tetuán. En el recuerdo todo queda ya lejano, y poco a poco los recuerdos mismos se pierden con el pasar de los días. Yo podría decirle muchas cosas de mi tiempo. Pero pienso que lo pasado, pasado está.

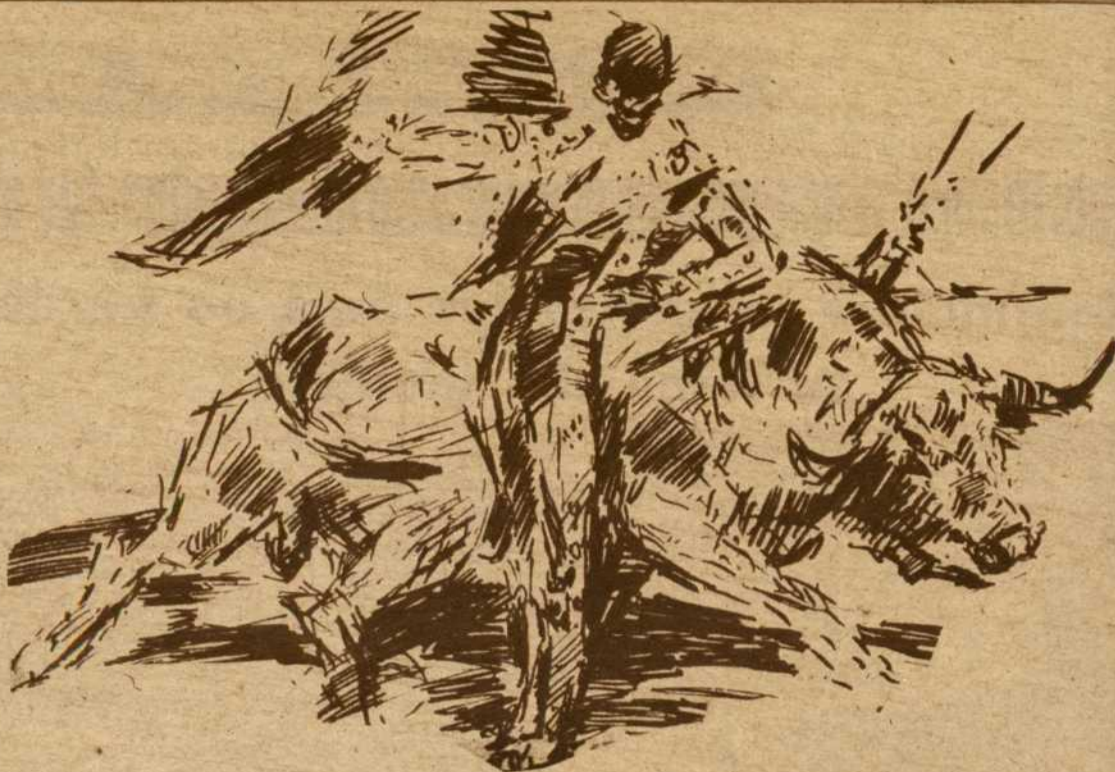
CRUZ ERNESTO FRANQUET

Sobre la limitación y sobre los artistas

HABIAMOS dejado los comentarios en el punto en que bastantes razones abonaban la necesidad de una limitación económica de la fiesta de toros, puesta en límites razonables. Lo discreto no sería una solución radical, que intentase reponer las cosas al ser y estado que tenían veinte años hace, sino que estaría bien para todos, habida cuenta de las realidades de disminución del poder adquisitivo de la moneda, en dejarlas como discurrían hace cuatro años tan sólo. Naturalmente, esta necesidad no se resolvería dejándola en manos de los interesados, que, por cierto, están forzando la situación de temporada en temporada, como si a la docena mandona de diestros, ganaderos, apoderados y empresarios no les interesase sino levantar doce colosales fortunas en muy poco tiempo, aunque luego se les dé un ardite que la fiesta quede como barco inservible y abandonado, a punto de naufragar.

Se habla mucho, con referencia a las figuras, de su responsabilidad, refiriéndola a su aspecto más cómodo, o sea al artístico, sobre el que habría mucho que hablar ante la pivanza del medío toro y del becerro; pero nadie quiere recoger la responsabilidad del soporte económico, ni a nadie le importa dejar quebrada y moribunda a la gallina de los huevos de oro, que quieren someter a régimen de incubadora. Por eso, uno cavila mucho también por ese lado cuando se habla de figuras de época con cara positiva, y piensa si lo de las figuras de época no se entenderá más tarde con signo negativo, pese a una serie de méritos que pueden quedar enterrados en la ruina general.

Por lo pronto, y gracias a la carrera de precios, está perdiendo la fiesta su carácter popular. Los diestros actuales son populares en el sentido de que sus nombres corren mucho de boca en boca, pero con la lejanía, más o menos mítica, que impone una muralla china de precios prohibitivos para las clases populares, que eran el soporte admirativo de la fiesta. Yo no sé si la frase sería antes un tópicico, pero en la actualidad no habrá quien empeñe un colchón por ir a ver a éste o al otro..., porque no le alcanzaría el importe de la pignoración. Muy lejanos, muy inasequibles, sin pasodobles, a cuyos sonos se baila en las fiestas; sin discusiones en las



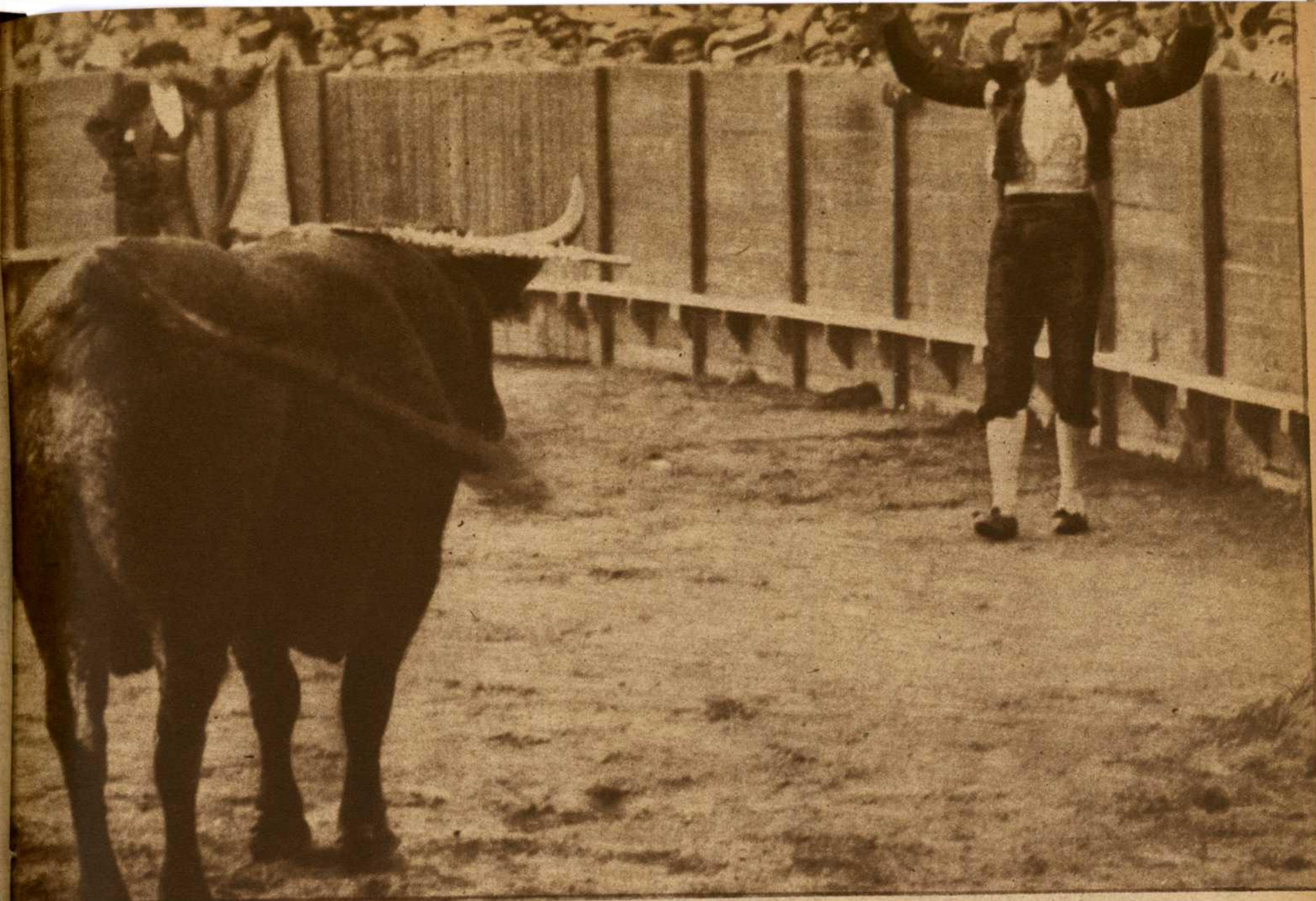
tabernas ni reyertas en los Juzgados de guardia. Si; los intelectuales están más metidos en las Plazas, y la gente adinerada, sin demasiadas posibilidades para andar por el Extranjero, se ha metido también en las banderías de Manolete y de Arruza, o del que sea; pero lo que se gana por un lado se pierde por el que siempre no comparecido en las Plazas como necesario.

La presencia de la aristocracia de la sangre o del dinero, o de la política, en los toros no es nueva, desde los tiempos coloristas de Pepe Illo o desde el partido alfonsino de Frascuelo; pero eran esos estamentos los que con gracioso quiebro flexionaban hacia la popularísima fiesta de los toros. Todo podría ser igual ahora, a no ser por los precios, que van siendo un obstáculo definitivo y sin posibilidades apenas para las clases populares y medias, que no pueden flexionar el bolsillo hacia arriba. ¿No estaría bien reajustar eso con la única potestad gubernativa que podía meter el asunto en vereda? Porque lo que está claro es que, dejadas las cosas en el libre juego de las ambiciones, el resultado es que van a pagarse ciento veinte mil pesetas por una actuación normal en Plaza de catorce mil espectadores para abajo; es decir, en todas las Plazas de España menos las de Madrid y Barcelona, dejadas al margen previsoramente en el convenio Arruza-Puchades, para señalar mayores honorarios.

La limitación de precios de localidades, referida a la de cuatro temporadas hace, tendría la ventaja de no influir directamente sobre los honorarios de este España o los precios de aquel ganadero o las ganancias de aquel empresario, sino que establecería un margen de posibilidades en la fiesta de toros. Naturalmente que unos y otros se verían forzados a comprimirse en beneficio de la fiesta, cuyo volumen económico aun llegaría a permitir la asistencia popular y todas las ventajas morales y materiales que de tal caso se deriven. Quedarían ganancias en la escala de siempre, en esa que en la vida nacional permite hacerse rico para siempre al torero, al mozo de extracción popular, que triunfa en la fiesta más española; al ganadero escrupuloso, que solía sacar una decoro-

sa ganancia que le respaldaba su afición irrefrenable al sentido honroso de la ganadería de lidia, y al empresario —ahí estaba Mosquera, tan añorado a ratos por esta pluma— bien orientado. Con la limitación de precios de localidades habría ganancias abundantes y ganaría totalmente la fiesta. Lo único que no cabría sería una monstruosa especulación. Aunque no se sabe, sobre todo en estos últimos tiempos, el grado de rigidez que tendrá el sistema allí, en Méjico se practica, en el sentido que los precios de los boletos mejicanos se someten a una fiscalización gubernativa.

Los interesados y los conformistas de aquí, casi siempre con su tanto por ciento, suelen salirse con la especiosa razón de que al artista no se puede señalar límite en cuanto a la valoración de su arte. A los diestros se apunta, porque al ganadero, porción de la economía nacional, y el empresario, como industrial y parte integrante de la misma, sí que cabe establecer una intervención. Pero lo de los diestros es absolutamente discutible, en cuanto la valoración de su arte también está relacionada con la economía nacional o con el sentido de protección necesaria para que no se desnaturalice la fiesta más nacional. La valoración del arte de un torero refluye en una masa española, pues no se desarrolla en el plano individual la valoración de un Picasso o de un Zuloaga. De la entidad artística de un torero también habría que hablar, por lo menos para descontar cuanto de rutina verbal hay en la descripción en un sentido puro del arte, no influido por otras circunstancias que ha que traer a examen. Y luego, que la situación no se resuelve con axiomas ni con teorías, sino con realidades. Ni un artista del canto ni de la danza puede influir con sus exigencias en el basamento necesario para la exhibición de su arte, ni para la apreciación popular del mismo, ni para modificar las condiciones de su desarrollo. Suelen ser más inteligentes, más artistas, en definitiva, por más identificados con el desarrollo del arte que sirven. Ganan su dinero y se hacen ricos con la elegancia que falta al buscadores. Y no nos extendamos más, porque ya hay bastante por hoy.



ESTAMPAS DE OTROS TIEMPOS

UN PAR EN LOS TERRENOS DE DENTRO

AHORA, que los matadores parece que vuelven por sus fueros y a la hora de banderillar echan mano de los rehiletos; ahora, que este bello terció parece resurgir y cobrar aquel esplendor de antaño; ahora que se empieza a ver los carteles en los que los tres espadas se ofrecen, entre el aplauso del público, los palos con galañería, no viene mal sacar a relucir esta fotografía.

Es de Ignacio Sánchez Mejías, aquel torero que sabía ganarles en bravura a los mismos toros y que gozaba creándose dificultades ante los cuernos de su enemigo para después salvarlas con guapeza, a fuerza de coraje y co-razón.

Es de aquel insuperable banderillero que un día rebasó su profesión de subalterno y cogió los trastos de matar, para demostrar cuánto pueden hacer el valor y la vergüenza a torera.

De aquel hombre que levantaba al público de sus asientos, llenando la Plaza entera de una trágica emoción, y que una tarde, en Manzanares, se fué de los

ruedos del mundo, ante el espanto atónito de la afición entera, que aun llora el recuerdo de aquel torero.

Y como a la hora de hablar de banderilleros no hay más remedio que evocar la figura de uno de los más extraordinarios, hemos elegido al azar cualquier fotografía, porque da lo mismo. Todas son buenas y en todas se masca —esta es la palabra— la enorme emoción que Ignacio daba siempre a este terció.

Hele aquí, por tanto, en el momento de citar al toro, de cerca, y desde los terrenos de dentro, sin casi posible salida. Pero esto a él no le importa. Es él quien le provoca, recreándose en la dificultad, en la casi imposibilidad de salir indemne del trance. Porque en este juego alegre de ponerle los

palos al toro, no es la gracia solamente, la soltura, la que importa. Es necesario, es imprescindible, que haya emoción. Y esto era seguramente el punto más fuerte de Ignacio Sánchez Mejías.

De aquel torero que es necesario citar siempre, cuando se hable de banderilleros.

De buenos banderilleros.



Dos toreros que dirimían mano a mano todas sus contiendas

La despedida de FRASCUELO y el amargo final de LAGARTIJO, custodiado por la Guardia civil

No hubo suceso más resonante en España que el acontecido en mayo de 1893! Lo era, pues, que cansado de glorias y honores del transcurso de treinta y tantos años de lance, carreras, sustos y cornadas, ahito de aplausos y con fortuna suficiente para un buen pasar, decidió cortarse la coleta, o, lo que es lo mismo, dimitir el Califato —que Calita le llamaban los revisteros— Rafael Molina, torero tan conocido por su nombre como por el alias Lagartijo. El que fué figura de gran relieve empezó sus glorias taurinas en 1868; tuvo por rival y competidor a Frascuelo. Eran los días en que los españoles andaban divididos en dos bandos: unos, con Canovas; otros, con Sagasta; unos, con Calvo, otros, con Vico; unos, con Goyarre; otros, con Stagno; unos, con el de Córdoba, el torero fino, el de la serenidad magnífica, el elegante; otros, con Frascuelo, el valeroso, el temerario; el Negro.

Juntos rivalizaron en los anchos circos, ante las multitudes clamorosas; Rafael se hacía aplaudir por la gallardía, la destreza, el valor inalterable y la manera de manejar el capote, en verdad artística, como si la hubiese dictado Inurria o Romero de Torres. Era Frascuelo el valor ardiente, ruidoso, incapaz de consentir que nadie le venciera; jugándose la vida a cada paso para satisfacer las ansias de emociones del fiero público, dispuesto a dar una estocada mortal al mismo toro que, certero, acabase de atravesarle el pecho.

Existían dos bandos: lagartijistas y frascuelistas; se dirimían las contiendas no sólo en el graderío de las Plazas, sino en las calles, en las oficinas, en los cafés y en los casinos. Rafael imponíase por la flema, por no salirse nunca de su papel, por ser superior a los lances ardorosos en que andaba en juego y fama; era, además, simpaticísimo y con todos afable. Frascuelo era aparatoso, hablaba siempre recio, con gran ostentación, con jaetancia.

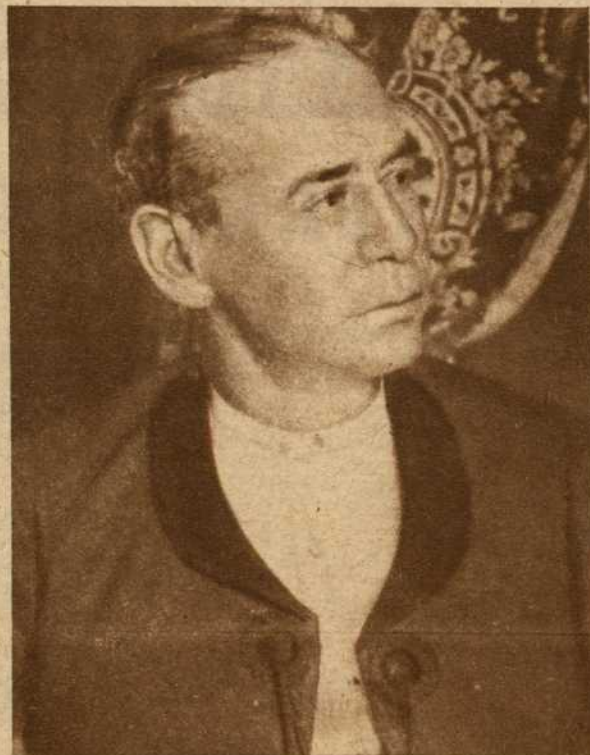
En el ruedo se distinguían los caracteres contrapuestos de los dos rivales. Lagartijo, sin alardes, como el que no quiere la cosa, tendía el capote ante la fiera y burlaba sencillamente su empuje. Frascuelo, en cambio, desafia para que se le arranque y hundirle en las carnes el acero hasta la empuñadura.

Eran, en verdad, buenos amigos y compañeros Lagartijo y Frascuelo. Habían seguido la competencia, pero fraternalmente, no perturbando los sinceros afectos de hombres que en una corrida juntan muchas veces un mismo peligro con los apasionamientos furiosos, brutales, de los respectivos partidarios.

Un día, Frascuelo, lleno de canas y de cicatrices, fatigado, resuelto a buscar descanso en el hogar, «dejó los toros». Al quedarse solo Lagartijo perdióse la mitad de su triunfo. Salía a la Plaza apáticamente. ¿Quién iba a poner junto a sus «faenas» otras «faenas»? Al lado de sus audacias, de



Rafael Molina (Lagartijo)



Salvador Sánchez (Frascuelo)

sus desplantes de buen torero, otros disminuían el valor de sus rasgos. El clamor en la Plaza era: «¡Qué desgracia! Falta Frascuelo». No podía estar el ruedo sin los dos, el uno para el otro.

A los cuatro años de la retirada de Frascuelo pensó también Lagartijo en el reposo, y a sus efectos se señaló para la despedida el día del Corpus. La procesión coincidía con la despedida de Lagartijo: ¿Se suspendería la co-

rrida, o se aplazaría la hora de la procesión? ¡Y lo arreglaron! La procesión salió por la mañana. Los billetes estaban a millón, como dicen los flamencos. «¿Va usted a la corrida? ¡Tengo un tendido! ¡Veinte duros me ha costado! ¡Sacaremos en hombros al abuelo!»

El circo taurino lo estaba con un lleno rebosante. Era una tarde entoldada, con el cielo cubierto por nubarrones grises y espesos, que presagiaban tormenta. Faltó el sol; faltó lo principal del cuadro. Salíó a la arena Lagartijo; le aplaudieron con frenesí, se conmovió el diestro y se conmovió también un poco la muchedumbre. Después del sentimentalismo teórico, empezó lo práctico; el riesgo de veras, auténtico. Los seis toros eran cobardotes, mansos, y Lagartijo, que veía ya el final de su historia, no estaba muy conforme con acelerar el de su vida. Poco a poco las decepciones sustituían a las esperanzas; las salvas de «plausos cada vez fueron menos sonoras; las manifestaciones cariñosas empalidcieron, empezaron a sonar silbidos; luego, de nuestros. En el sexto toro, en vez de apoteosis, hubo recriminaciones, insultos, amenazas, gritos de la plebe, injusta y cruel: «¡Anda, al toro!» «¡Para eso di diez duros.» «¡Déjate coger!» «¡Me han robado, ladrones!» Al fin acabó la fiesta. El ídolo se fué solo, rodeado por los toreros que le acompañaban, entre implacables y desenfrenados alaridos de enojo.

Cuando salió de la Plaza para ir al alojamiento del antes idolatrado Lagartijo, el carruaje que le conducía tuvo que ser amparado por la Guardia civil. La ira de la descontentada masa de espectadores no se había aplacado; rugió el temporal de violentas frases rencorosas que precisó la intervención de amparo de las fuerzas de la Guardia civil, que daban custodia al coche de los toreros, que por toda la calle de Alcalá zumbaban siniestros los gritos de coraje: «¡Qué toreros!» «¡Qué irrisión!» «¡Qué escándalo!» Aquello no era el regreso de una fiesta, sino de una asamblea, después de las que soliviantan al menos acometedor. La historia de un cuarto de siglo, todo él lleno de alardes asombrosos, se disolvía en dos horas desafortunadas. El Califa, Rafael I, ya sin reino y sin gloria, al cobijo de los sables de la autoridad, iba por entre el gentío escuchando el clamor frenético de millares de bocas que exclamaban: «¡Fuera!» «¡Fuera!»...

¡Favor de multitud! ¿Quién pone sus esperanzas en ti? Vives un momento, horas, días, meses, alguna vez años. Cuanto más te resistes a interrumpir tu acción, con mayor estruendo acabas. El aplauso es como el perfume de la flor; dura menos que la flor misma, y los que toman en serio los instantes de exaltación tienen que pasar por trances como aquel de Lagartijo, que finalizó su historia triunfal entre el ronco vocerío de los maldicientes...

JUAN CAZORLA

ANTE LA TEMPORADA PROXIMA

PAQUITO CASADO cree que el año próximo habrá más competencia



Paquito Casado sigue desde la barrera una de las últimas corridas en que tomó parte

HABLAMOS con Paquito Casado —este pequeño y grande torero sevillano, para quien la más fuerte pasión de la fiesta es la cría de reses bravas— a

lo largo del Guadalquivir, donde, según Fernando Villalón, podía hacerse el milagro de criar toros con ojos verdes, que no se dejasen lidiar de nadie. Pues bien; hablamos aquí, frente a la Maestranza, cerrada, cubierta de lluvia, sola y llena de recuerdos —“la Plaza vacía”, cantada por Gerardo Diego—, y hacemos alto, pausadamente, en todas esas preguntas usuales —necesariamente usuales— siempre que se conversa con un torero al filo del invierno. Pero de todo ello, quizá lo más interesante sea que Paquito Casado tenía ultimado el contrato con Méjico —a través de un íntimo de Algara, el representante de la Empresa de El Toreo— para torear en la capital mejicana cuatro corridas, a quince mil pesos cada una, y que las razones interiores y entrañables de la madre del torero —que le retiene en invierno para compensa del verano peligroso— cortaron de cuajo el propósito.

—Pero el año próximo—nos ha dicho el torero—iré, y así quedó acordado en firme. Es un viaje necesario. No sólo por el ambiente taurino de Méjico, sino porque los toreros debemos darnos siempre a la aventura.

En este tiempo vuelven a tener interés los temas habituales del toreo invernal. Y así, Casado cree que la temporada que ha terminado define con exactitud la perfección que la lidia ha conseguido.

—En cuanto a terreno y arte, no se puede avanzar más. Se ha hecho todo. Claro que en otras cosas...

Y en este “claro” —expresivo, sincero y repleto de im-



El torero sevillano durante la charla que sostuvo para EL RUEDO

presiones— se contiene todo: los públicos, los toreros, las Empresas, todo este resto y completo mundo del toreo, en el que Casado afirma:

—El más bueno, créame, es el toro.

Paquito Casado no cree en el problema del toro grande o chico. Lo justo debe ser la armonía: de poten-

cia y casta en el toro para el toreo que ahora gusta.

Porque el público, en suma, es quien tiene la culpa.

El público que todo lo paga y acepta.

—Yo—nos dice—toreé en Valladolid, hace tres temporadas, un toro que dió, en canal, más de 400 kilos y tenía por pitones dos plátanos. Le corté las orejas, y aquello no me produjo más impresión que la de estarme dejando pasar por la cintura un bóvido. He toreado, en cambio, toros de menos, de bastante menos peso, y me han puesto a pensar mucho. No hay nada como el equilibrio. Doscientos ochenta kilos, buena lámina y casta de calidad, es lo mejor para el toreo de este tiempo.

Hablamos del campo, de su ganadería, entre las sembraduras de Sanlúcar la Mayor, donde Casado posee una placita, en la que torea y tienta a su ganado todos los inviernos.

—¿Qué opina del año próximo?—le preguntamos.

—En conjunto, puede parecerse bastante a éste. Pero los primeros meses dará ocasión, la ausencia de las máximas figuras, a que salgan con más frecuencia otras, y ¡quien sabe si, más avanzada la temporada, pudiera crecer el interés de las corridas!

Nos detenemos ante la Maestranza. Hace frío, y ahora es la lluvia más suave y ligera.

Sobre un viejísimo cartel deshace el agua lentamente la alegre tipografía colorista y llamativa, y va quedando sólo el eco, ese remoto eco donde se pierde, esfumada, la fiesta que fué, en su día, delirio de todos. Sombra y sueño, como decía Gerardo Diego. Que así es la fiesta.



En días de invierno Paquito Casado se dedica a una de sus pasiones favoritas: la caza



Paquito Casado, en la finca de su propiedad, hace un alto en la labor para charlar con su padre

F. MONTERO GALVACHE

EN EL AÑO 1902

TOROS DE TREINTA ARROBAS PARA TRES ASES

El cartel lo componían Mazzantini, Fuentes y Machaquito



Luis Mazzantini

Como el trapío de los toros había llamado la atención de los aficionados y la combinación era magnífica, el tauródromo se llenó hasta las banderas.

Palha Blanco mandó una magnífica corrida de toros, con sus treinta y dos arrobas cada uno y con mucho respeto en la cabeza; pero la bravura fue harina de otro costal, pues salieron mansos, cobardes, con mucho poder, y siempre que se arrancaban a los caballos los derribaron con gran violencia... Se fogearon el primero y el segundo de la tarde... Todos ellos llegaron al último tercio peligrosos y queriendo cojer. En fin, fué una bueyada de las grandes.

Luis Mazzantini, al primero lo toré con la muleta con la derecha, y como el buey no se prestaba a muchos dibujos, se lo quitó de delante con dos medias estocadas defectuosas y un certero descabello, que le valió generosos aplausos. En el cuarto, lo trató solo, cerca y hasta adomándose, y eso que don Luis nunca fué un coloso con el trapío. Dió los pases necesarios para cuadrar al bicho, y entrando y saliendo como en sus mejores tiempos, arreó un volapié monumental, del que cayó el toro hecho un ovillo. La ovación fué grande. Por haber sido cogido



Antonio Fuentes



Rafael González, Machaquito

NO somos de los que creemos que «todo tiempo pasado fué mejor», pero muchas veces los hechos ponen de manifiesto que hay alguna razón para creer en el tópico que explotan los viejos aficionados...

A mediados de la temporada de 1902, la Prensa madrileña hizo campaña contra las corridas a «modo» que lidiaban las primeras figuras del toro en el ruido de la primera Plaza de Toros del mundo: Madrid.

Los primates de la torería estaban alarmados por la censura justísima de los críticos y aun más por la actitud del público, el cual en las últimas corridas de abono ya no aplaudió tanto, sino que protestó mucho y aun tomó a «guasa» a los espadas con clarante frecuencia. Los toreros, entre ellos Luis Mazzantini, Antonio Fuentes, Ricardo Torres, Bombita; Rafael González, Machaquito, y otros, quisieron ganar nuevamente el favor del público y fueron a visitar a Pedro Niembro, que era entonces empresario del circo taurino de la Carretera de Aragón, y le dijeron:

—Querido don Pedro... Habría visto usted cómo está la afición con todos nosotros... Por lo tanto, le rogamos que nos prepare toros con arrobas, grandes y con pitones... ¡locomotoras con patas!...

Pedro Niembro, al oír tal proposición, vió el cielo abierto, y telegrafió al ganadero portugués don José Palha Blanco para que le enviase los seis toros mayores que tuviera en su vacada.

Con los seis «toracos» en los corrales de la Plaza organizó la última de abono, para el 19 de octubre. Creerán ustedes que los matadores serían tres deheredados de la fortuna; pues se equivocaron: fueron tres «ases» de la época: Mazzantini, Fuentes y Machaquito.

Machaquito en su primero, mató el último de la tarde.

Antonio Fuentes toré con el capote superiormente, con mucho arte y parando de varias. Fogearon al toro por su mansedumbre, y Antonio se fué solo al buey y le trató con la zurda, sujetando al manso, consinténdole, desangajándole, convirtiéndole en toro. Se arrancó con empuje, y de cerca y a toda ley, para hundir el acero hasta la cruz en lo alto del morrillo. La faena fué de verdadero maestro. La ovación fué imponente, y según los críticos, la faena una de las mejores de la temporada de 1902. En el quinto, que atacaba el cuello, se colaba y achuchaba, el sevillano lo toró muy valiente para hacerse con él, y cuando lo corisiquió, le dió una estocada caída, tirando a asegurar, y descabelló.

Rafael González, Machaquito. En su primero, que era un buey cobardón... Se estrechó con la muleta con el bicharraco, se arrojó mucho, prodigó las gallardías y no le dió importancia al «pájaro» que tenía delante. Tirándose corto, aunque con el paso atrás peculiar en él, metió un pinchazo superior, sacando rota la manga derecha. Unos muletazos para igualar, y entrando después mejor si cabe, entró el estoque en el morrillo, saliendo cogido, derribado y pisoteado, y sacando la pechera de la camisa hecha trizas. En brazos de los asistentes ingresó en la enfermería, con un puntazo en el pecho y la polilla; consiguiendo, mientras que el toro caía sin puntilla y en medio de una imponente ovación.

Lo relatado es una demostración de lo que era en aquellos tiempos, para los más afamados matadores de toros, la crítica y el público de Madrid.

MANUEL SOTO LLUCH



Según las noticias que nos llegan de Méjico, Pepín Martín Vázquez es el que —a pesar del ganado— viene animando la temporada taurina de allá.

Dice el cable recibido que Pepín se ha ganado a la afición mejicana.

Y es que no hay como tener ganas. Y a su edad se suele tener muy buen apetito.

Afortunadamente, Mario Cabré se encuentra mejor. Ya le han quitado los puntos. Aprovechando la convalecencia, va a perfilar un libro de versos que tenía comenzado.

Es decir, que ahora va a ser él el que ponga los puntos.

Los puntos sobre las *les*.

Se anuncia que, para la vuelta de Pepín Martín Vázquez, se organizará en Barcelona una corrida, en la que Rafael tomará

BURLADERO

la alternativa y en la que torearán los tres hermanos juntos.

Si las cosas siguen así, va a llegar el momento en que los carteles se confeccionarán a base de familias.

Y las competencias serán: La familia Tal contra la familia Cual, esta tarde, en las Ventas.

A Juanito Belmonte le parece mal que los subalternos quieran ganar tanto dinero. El dice que, para tener aspiraciones, hay que ser artista.

Lo que no nos dice Belmonte es la clase de arte que es necesario para ello. Ni si hay que dejarse la melena.

En Portugal han dado un homenaje a Diamantino Vicén, conocido torero portugués, por sus actuaciones en la temporada pasada.

Concretamente, no se sabe si el agasajo se le ha dado por las dos novilladas que toreó en su tierra o por las siete que toreó en España.

El domingo no ha habido en toda España más que un festival íntimo en el Cortijo de la Alameda.

Lo cual quiere decir que hemos descansado, y que ya, a las próximas corridas que se celebren, en vez de llamarlas las «últimas», habrá que señalarlas como «una de las primeras».



¡PARA LA
Sombra
y el SOL..!

CADA SIETE DIAS UNA VARA

LA ULTIMA CORRIDA



SIEMPRE hemos pensado que en esto de los toros no había demasiada formalidad. Pero, la verdad, nos ha dado un poco de respeto decirlo así, por las claras. Nos detenia el pensar que nuestra afirmación se pudiera tomar como desdoro a la Fiesta Nacional. Y nada más lejos de nuestro ánimo. Porque —y vamos a aclarar nuestra posición— nosotros no

creemos que la informal sea la Fiesta en sí, sino la gente que la rodea.

Expliquémonos.

Cuando empezamos a abrir nuestros ojos a este hermoso espectáculo, nos dijeron que la temporada taurina terminaba con las fiestas del Pilar. En Zaragoza se daba el cerrojazo. Más tarde pudimos comprobar que eso no era exactamente cierto. En alguna ocasión presenciábamos alguna corrida muy a últimos de octubre y hasta a primeros de noviembre. Pero, a medida que ha ido transcurriendo el tiempo, el «último festejo» del año, ha ido anunciándose en casi todas las localidades de España, sin que, concretamente, se pueda decir, a estas alturas, si todo se ha acabado o el próximo domingo aun habrá por ahí otra.

Y esto es lo que no nos parece serio. El aficionado, ronco de gritar, en el tendido, durante los días estivales, necesita descansar. Dedicarse a otras actividades alejadas de las preocupaciones taurinas. Tomar fuerzas para la temporada venidera. Y con el procedimiento actual, esto no puede realizarse. Cuando ya ese señor del tendido ha guardado su gran puro y empieza a tratarse la garganta enronquecida, llega el domingo siguiente, y se encuentra con que aun queda otra «última corrida».

Así, desde luego, no vamos a ninguna parte. Porque el buen aficionado no tendrá ya fuerzas para nada cuando llegue lo fuerte de la temporada.

A no ser que lo que se pretenda es cansarle y evitar su protesta.

El fenómeno de mañana



Hemos meditado detenidamente antes de decidirnos a dar la presente fotografía. Es del Niño del Sanatorio, y aunque solamente cuenta cinco años y todavía no ha tomado la alternativa, ni siquiera ha toreado una novillada sin picadores, a nosotros se nos presentaba un caso de conciencia. ¿Creería el aficionado que le hacíamos la propaganda al Niño del Sanatorio? Porque la fotografía, por otra parte, puede muy bien figurar entre las mejores elegidas de los ases contemporáneos. El futuro compone la figura como el primero y tiene más gracia que muchos.

Y hasta para que la cosa tenga mayores visos de realidad, ni siquiera se ve el toro.

Que es en conclusión lo que pasa en las fotografías de los toreros de categoría especial.

UNA ANECDOTA A LA SEMANA

SE HA EQUIVOCADO EL TORO

ERA en la época de los triunfos estrepitosos de Juan Belmonte. Su toreo revolucionario traía de cabeza, no sólo a los aficionados, sino también a los profesionales. Todos seguían de cerca al fenómeno, tratando de descubrir el secreto de su arte, de su éxito.

Uno de sus más fervientes admiradores, el Mella, decidido a encontrar el resorte de Juan, decidió, en la primera ocasión que se le presentase, no perder detalle ni movimiento que el trianero hiciese en el ruedo.

Por fin, un día coincidieron en el mismo cartel, y el Mella se apostó en la barrera, y, todo ojos y oídos, se dedicó a conseguir su propósito.

Salió el toro que le correspondía a Belmonte, y, después de fijarle los peones, salió Juan del burladero hacia el toro, al que no había perdido, naturalmente, de vista.

Le embarcó en su capote extraordinario, y en un lance lento y apretado, se lo pasó por la derecha. Cuando iba a hacer lo mismo por el otro lado, el toro lo empuñó, lanzándolo al aire.

Un poco magullado por el golpe —ya que, afortunadamente, la cosa no tuvo mayor trascendencia—, se levantó Juan, y, sin mirarse, mientras se arreglaba la montera, dijo:

—¡S'a equivocao el toro! ¡S'a equivocao!

Y, en efecto, se fué para el bicho, se lo pasó otra vez por la derecha, y, sin corregirse ni un ápice, le metió otro lance por la izquierda, que levantó al público de sus asientos.

—Era verdad —dice el Mella—: se había equivocado el toro.



Una estocada de Manolo Martín Vázquez





Guerrerito, brindando
(Dibujo de Enrique Segura.)



Toreros célebres: Antonio Boto, Regaterín.

(Luz y sombra de la vida)